

ABÁRZUZA: ANÁLISIS Y SIGNIFICADO DE UNA BATALLA EN LA TERCERA GUERRA CARLISTA

Antonio Manuel MORAL RONCAL¹

RESUMEN

La batalla de Abárzuza o Monte Muru (25 a 27 de julio de 1874) adquirió una importancia decisiva en su época, no sólo por los objetivos que pretendió conseguir el alto mando liberal sino por las consecuencias que su desenlace tuvo para la evolución de la Tercera Guerra Carlista y del propio Sexenio Revolucionario (1868–1874). Basándonos en fuentes militares, bibliográficas y periodísticas se reconstruye el ambiente y desarrollo de la campaña, analizando la estela interpretativa que tuvo la batalla para escritores liberales y carlistas del siglo XIX y XX, llegando a nuestros días.

PALABRAS CLAVE: Tercera Guerra Carlista. Abárzuza. Manuel Gutiérrez de la Concha. Tomás Mendiry. Antonio Dorregaray. Trincheras.

ABSTRACT

The battle of Abárzuza o Monte Muru (July 25–27, 1874) acquired a decisive importance in its time, not only because of the objectives that the

¹ Antonio Manuel Moral Roncal, catedrático de Historia Contemporánea, Universidad de Alcalá, Departamento de Historia y Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, calle Colegios, 2, 28801-Alcalá de Henares, antonio.moral@uah.es

liberal high command sought to achieve, but also because of the consequences that it had for the evolution of the Third Carlist War and the Revolutionary Sexenio itself (1868–1874). Based on military, bibliographical and journalistic sources, the environment and development of the campaign is reconstructed, analyzing the interpretive trail that the battle had for liberal and carlist writers of the 19th and 20th centuries, reaching our days.

KEY WORDS: Third Carlist War. Abárzuza. Manuel Gutiérrez de la Concha. Tomás Mendirry. Antonio Dorregaray. Trenches.

* * * * *

INTRODUCCIÓN: EL CONTEXTO DE UNA NUEVA GUERRA CIVIL DECIMONÓNICA

La falta de una política estable y no excluyente del régimen revolucionario nacido en 1868 se materializó en un descontento popular que facilitó el estallido de una Tercera Guerra Carlista y, más adelante, de movimientos cantonalistas. Reorganizados desde hacía años, los mandos legitimistas o carlistas intentaron provocar un alzamiento general de sus bases sociales el 21 de abril de 1872, aunque dos semanas antes hizo presencia en Gracia una partida al mando de Juan Castell, premonitoria de lo que habría de estallar. De esta manera, la fecha prevista se mantuvo. El pretendiente Carlos VII firmó dos manifiestos en la frontera francesa, uno dirigido a los soldados y marinos y, un segundo, a todos los españoles. Sin embargo, la respuesta a su llamamiento quedó reducida a sus zonas hegemónicas en el siglo XIX, es decir, Vascongadas y Navarra, algunas partidas en Cataluña, Aragón y Valencia, siendo menor la respuesta en otras regiones de España. Ninguna de las guarniciones militares comprometidas tampoco se levantó.

El 4 de mayo, carlistas destacados en Oroquieta fueron atacados por una columna gubernamental al mando del general Domingo Morines, causando varios muertos y centenares de prisioneros. El Pretendiente consiguió escapar y se retiró a Francia, por lo que los ánimos de sus fieles fueron decayendo precipitadamente. A finales de mes se firmó el convenio de Amorebieta entre la Diputación de Guerra vizcaína y el general Serrano, que facilitó un amplio indulto para los alzados, por lo que fue mal considerado y criticado por los liberales, al considerar que se había perdido una ocasión para aplastar brutalmente al enemigo. Para los mandos carlistas fue considerado una traición parecida al convenio de Vergara de 1839.

Quedó claro que los carlistas se habían precipitado en sus cálculos, sumando a la falta de apoyos militares– y a la de recursos y armas– una clara incapacidad para canalizar un soporte popular, pese a los 14.000 hombres movilizados. No obstante, las partidas de guerrilleros sublevadas en el Maestrazgo y Cataluña mantuvieron vivo el conflicto, de manera que, en los siguientes meses, se sucedieron acciones menores, pero reiterativas, como enfrentamientos puntuales, tiroteos y asaltos hasta cobros de contribuciones, captura de armas y cortes de líneas férreas y telegráficas. Algunas guerrillas entraron en varias ciudades, pero las ocuparon en periodos de tiempo muy cortos, como Reus, que fue tomada por quinientos hombres el 30 de junio. Mientras, en Castellón y Teruel, la partida de Pascual Cucala mantuvo encendida las esperanzas de los carlistas, por lo que Carlos VII reconoció, a mediados de julio, los fueros de Cataluña, Aragón y Valencia.

En el alto mando legitimista se sucedieron una serie de depuraciones y destituciones hasta que Antonio Dorregaray fue nombrado comandante general de las provincias del Norte y se rodeó de un equipo de militares competentes que volvieron a estar en disposición de aprovechar y encauzar la importante agitación popular que se vivía en el País Vasco y Navarra. Un nuevo levantamiento se fijó para el 18 de diciembre de 1872. Y, nuevamente, antes de la fecha oficial, en el Norte ya se habían formado y echado el monte algunas partidas, como la del cura Santa Cruz. La movilización tuvo una rápida respuesta en Navarra, Vizcaya y Guipúzcoa, mientras en Álava tardaría más tiempo.

A lo largo del primer semestre de 1873 los carlistas fueron extendiendo su control sobre todas estas provincias, para lo cual contaron con una progresiva ayuda de su población, tanto del clero como de las autoridades rurales y campesinos. Paralelamente, el ejército liberal quedó desconcertado por la actuación de las partidas y desmoralizado por las pequeñas victorias de los guerrilleros carlistas. A ello se unió una crisis política marcada por la abdicación del rey Amadeo I y el caos generado por la Primera República, cuya consecuencia fue el nombramiento de cuatro generales que se sucedieron en el mando de las tropas liberales durante los siguientes ocho meses. Esos mandos padecieron tanto las dificultades impuestas por la inestabilidad de las instituciones como las que se derivaban del avance carlista, la oposición de la población, la ineficacia de las herramientas políticas de reconciliación y la escasez de efectivos. Ante esta situación, los generales decidieron no perder el control de las grandes ciudades, evitando atentados contra telégrafos y ferrocarriles.

A principios de julio, las fuerzas carlistas se organizaron en 50 batallones de infantería en el Norte, como fruto de las incorporaciones voluntarias y de las levadas obligadas. Su eficacia se demostró en las batallas de Eraul y de Udave, que posibilitaron la llegada de Carlos VII a España desde la frontera francesa. A fines de ese mes, Estella cayó en sus manos, en cuyos alrededores tuvo lugar,

entre el 7 y el 9 de noviembre, la batalla de Montejurra, otra victoria carlista. En esos momentos, se contabilizaron las fuerzas carlistas en 24.000 hombres y, a finales de ese año, la mayor parte de las tierras vascas y navarras acataban la bandera de don Carlos, el cual estableció las bases de un Estado legitimista, proceso en que la formación de un Ejército regular no había sido sino su primer paso. En Cataluña, ante las buenas nuevas de las otras zonas, aumentaron gradualmente las fuerzas carlistas, hasta un total de 12.000 activos, aunque no consiguieron dominios territoriales estables. Atacaron algunas poblaciones catalanas, contando como victorias la de Berga en marzo y en Igualada en julio. Precisamente, el día 9 de este último mes la batalla de Alpens se saldó a favor de las banderas carlistas, logrando casi un millar de prisioneros. Mientras, en tierras aragonesas destacaron varias partidas, como la de Marco de Bello, y en el Maestrazgo fueron echándose al monte varias. En septiembre de 1873, los carlistas en armas eran 2.000 en Valencia, 3.000 en el Maestrazgo y 850 en Alicante. En otras partes de España, la aparición de partidas fue más bien ocasional, aunque no insignificantes, al integrarlas un total de 4.000 hombres.

La guerra comenzó a cambiar de rumbo cuando –imitando la Primera Guerra Carlista–, los mandos contrarrevolucionarios decidieron, antes de avanzar sobre la capital, poner sitio y conquistar la ciudad de Bilbao a fines de año. En diciembre, los legitimistas concentraron numerosas tropas y establecieron el cerco y, en febrero de 1874, comenzó el bombardeo de la ciudad. En ese mismo mes, un golpe de Estado, protagonizado por el general Pavía, puso fin a los caóticos gobiernos republicanos e implantó una dictadura cívico-militar en la España liberal. Se formó un nuevo gabinete de concentración, cuyo hombre fuerte fue el general Serrano, que tuvo como misión principal la erradicación de los conflictos bélicos abiertos en la Península y en Cuba².

² Esta guerra ha generado una importante bibliografía contemporánea entre la que destacan –además de publicaciones propias del siglo XIX– Alcalá, César: *La Tercera Guerra Carlista, 1872-1876*, Grupo Medusa Ediciones, Madrid, 2000; Bullón de Mendoza, Alfonso (dir.), *Las guerras carlistas*, Actas, Madrid, 1993; Id.: *Las guerras carlistas*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2006; Id.: «Las Guerras carlistas» en *Aproximación a la Historia Militar de España*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2006, pp. 453-476; Caspistegui, Javier; Larraz, Pablo y Ansorena, Pablo: *Aventuras de un “gentleman” en la tercera carlistada: imágenes de la sanidad en guerra, 1872-1876*, Gobierno de Navarra, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 2007; Comesaña, Alfredo: *Hijos del Trueno. La Tercera Guerra Carlista en Galicia y Norte de Portugal*, Actas, Madrid, 2016; Garmendia, Vicente: *La Segunda Guerra Carlista (1872-1876)*, Siglo XXI, Madrid, 1976; Moral Roncal, Antonio Manuel, *Las guerras carlistas*, Sílex, Madrid, 2006; Pladevall Font, Antoni: *La Tercera Guerra Carlina vista per un liberal. Extractes de la Crònica de Joan Camps i Prat, 1824-1905*, Patronat d’Estudis Osonencs, Vic, 2000; Prunés Pujol, Fermí: *Cataluña en guerra (1872-1876)*, Actas, Madrid, 2003; Rodríguez Gómez, José María: *La Tercera Guerra Carlista, 1868-1876*, Almena, Madrid, 2004; Ruiz de Azuá, Estíbaliz: *El sitio de Bilbao en 1874. Estudio del comportamiento social de una ciudad en guerra*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1976; Valiente, Luis (Ed.): *El carlismo en armas: aspectos bélicos y militares de las Guerras Carlistas*, monográfico de *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 58, (2005), pp. 1-155; Vallverdú Martí, Robert: *El tercer carlisme a les comarques meridionals de Catalunya, 1872-1876*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1997.

Unidades gubernamentales trataron de romper el sitio de Bilbao por la zona de Somorrostro, defendida por el marqués de Valdespina. Se formó una línea defensiva carlista bajo la responsabilidad de Nicolás Olló y Teodoro Rada. El general liberal Moriones –proveniente de Santander– realizó una ofensiva destinada a romper el cerco, presentando batalla en Somorrostro, entre el 24 y el 25 de enero, comprobando la eficacia de su artillería, pero también la calidad de la infantería carlista. Rechazado tras duros combates, envió a Madrid un telegrama que se hizo famoso al reconocer su fracaso, solicitando refuerzos y «*otro general a encargarse del mando*». Mientras el ejército gubernamental tuvo que lamentar unas 2.000 bajas, los carlistas tan sólo perdieron 600 hombres. La noticia de esta derrota supuso la incorporación del general Serrano al frente del Norte, que reforzó sus fuerzas con 10.000 soldados y 60 cañones más. El 25 de marzo tuvo lugar una segunda ofensiva en Somorrostro, que fue apoyada por la escuadra del almirante Topete, ministro de Marina. Dos días más tarde, las tropas carlistas de Ollo detuvieron a las gubernamentales en San Pedro de Abanto, obligándolas a retirarse. Las bajas fueron numerosas al contabilizarse 2.241 muertos y heridos en el bando liberal y 2.000 en el carlista³.

Si bien se frenó a Serrano, esos días también fueron de luto para el ejército de don Carlos, pues el 29 de marzo, cuando la batalla estaba prácticamente ganada, un obús de la artillería liberal alcanzó a un grupo de oficiales en el que se encontraban el teniente general Ollo y el brigadier Rada, que fallecieron a consecuencia de las heridas. Cierta pesimismo se extendió entre los oficiales legitimistas, pues este hecho les hizo recordar la fatídica bala que había segado la vida del mítico Zumalacárregui, en el sitio de Bilbao de 1835. Rápidamente, se recompuso el ejército liberal del Norte con 18.000 hombres, organizados en 24 batallones y 20 piezas de artillería y, el 5 de abril, a propuesta del general Zabala y de sus propios fracasos, Serrano aceptó nombrar al general Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, como comandante en jefe del Tercer Cuerpo del ejército de operaciones en el Norte, cuerpo auxiliar que debía ayudarle a derrotar a los carlistas. Su decisiva misión fue liberar la plaza de Bilbao del cerco carlista y provocar el hundimiento de los sitiadores. Se confió la misión a la figura con mayor prestigio en el Ejército que, por su cercanía al proyecto político monárquico-liberal de Cánovas, no había recibido hasta el momento ningún mando. En poco tiempo, Concha venció en las acciones de Las Muñecas y de Galdames, a finales del mes de abril, obligando a los carlistas a replegarse y a renunciar al asedio de Bilbao, el cual fue levantado el 2 de mayo. La retirada se hizo lentamente y en orden, quedando en poder de los legitimistas toda la margen derecha del Nervión.

³ Encuentro descrito por el periodista, testigo de los hechos, Meylan, Auguste: *A través de las Españas. Un apasionante viaje por la España de 1873 y 1874*, Trifaldi, s.l.e., 2018.

El mismo día en que los carlistas se replegaron, la primera sesión de las juntas forales vizcaínas, elegidas conforme a fuero, tuvo lugar, presentándose el día 3 de mayo ante Carlos VII en su residencia de Durango para prestarle reconocimiento. Después de escuchar el discurso del corregidor del Señorío, conde del Pinar, el Pretendiente les agradeció sus palabras, trabajos y sacrificios, compartiendo con ellos los peligros y circunstancias derivadas de la guerra. Finalizó con la promesa de velar «por el Ejército y por el país, y por vuestra fe, y con el valor de los voluntarios, salvaremos, venciendo, la Religión, la Patria y los Fueros». Además, para explicar el repliegue de Bilbao, don Carlos firmó una alocución a sus voluntarios asegurando que los liberales se habían apoderado de la ciudad con engaños y artimañas y, tres días más tarde, añadió otra dirigida a la Junta de Navarra asegurando el triunfo de la causa.

Pese al avance liberal, la guerra continuó pues ni las tropas gubernamentales eran capaces de desalojar a sus adversarios del territorio que controlaban, ni los legitimistas conseguían hacerse con plazas decisivas y extender la contienda a otras provincias. Aunque el fracaso de Bilbao fue sin duda un hecho singular, el ejército carlista continuaba intacto, e incluso fortaleciéndose día a día. La toma de Tolosa en el mes de febrero había robustecido su posición en Guipúzcoa y la situación abría nuevas esperanzas a los partidarios de don Carlos. Además, pese a la derrota legitimista en Las Muñecas, todavía operaban con suma libertad numerosas partidas por la provincia de Santander⁴. El propio Concha fue muy consciente de esta situación y se la comunicó al presidente del Gobierno⁵.

OBJETIVO: LA TOMA DE ESTELLA

Para poner Bilbao a cubierto de un nuevo ataque carlista, se aseguraron varias fortificaciones y su artillería. Se meditó fortificar el monte de Cabras, el alto de Banderas, el molino y el monte Abril en la orilla derecha, y Portugalete y el Desierto en la izquierda, a cuyo fin comenzaron varias obras⁶. Con la esperanza de que en veinte días finalizaran

⁴ Palomino Ramos, Rafael: *La Tercera Guerra Carlista en Cantabria*, Librucos, Santander, 2017, p. 300.

⁵ De la Vega Inclán, Miguel, Castro López, José, Astorga, Manuel de, Gómez de Arteche, José: *Relación histórica de la última campaña del marqués del Duero. Homenaje de honor militar que tributa a la memoria de tan esclarecido caudillo*, Depósito de la Guerra, Madrid, 1874, p. 61.

⁶ El gobierno aprobó presupuestos para esa defensa como anunció la prensa, *El noticiero de Menorca*, 4 de mayo de 1874, p. 1; *La Correspondencia de España*, pp. 1-4, fecha anterior; *El Gobierno. Diario político de la mañana*, 12 de mayo, p. 3.

esos esfuerzos, Concha no tuvo inconveniente en dejar todo el segundo cuerpo de Ejército para proteger la construcción de las obras y para que éstas acabaran en plazo. Más adelante, sólo debía quedar en Bilbao la guarnición que poseía, aumentada a cuatro batallones, partiendo el resto a reunirse con el ejército que tenía intención de trasladar a Navarra para tomar Estella, la capital carlista, que constituyó el objetivo del general liberal y que los periodistas pronto advirtieron. Atacar y tomar otra población no repercutiría en la marcha de la guerra de forma tan decisiva como intentar penetrar en territorio navarro, donde el carlismo recibía soldados y recursos de todo tipo. Por otra parte, se sabía que los soldados de don Carlos se habían retirado de Somorrostro y San Pedro de Abanto indemnes y en orden, atrincherándose en el camino de Durango, donde esperaban la ofensiva liberal. No resultaba posible realizar operaciones de persecución de unas fuerzas en retirada desordenadas, por lo que se optó por librar nuevas batallas en posiciones elegidas por el enemigo. Los carlistas también se habían atrincherado en los caminos que conducían al valle de Arratia por Miravalles y Lemona, sobre todo en Arrigorriaga. Ello supondría –a ojos de los mandos liberales– repetir ciertas estrategias anteriores que no habían proporcionado resultados efectivos.

Paralelamente a los trabajos de fortificación, se permitió a las tropas gubernamentales que habían estado en el frente de Somorrostro entrar en Bilbao, para proveerse de ropas y artículos necesarios para la vida cotidiana, así como de un poco de descanso. Pero no resultaba conveniente la aglomeración de tantos soldados ya que empezaba a sentirse la disentería que había diezmando los cuerpos acampados. Ante el temor a un contagio, se ordenó la salida de varias divisiones para acantonarse en Abando, Baracaldo y Deusto y de otras para recoger bombas, granadas, pólvora, víveres... abandonados por los carlistas en campos y caseríos en su retirada⁷. Mientras tanto, en el Cuartel Real de Carlos VII se formaron dos bandos, pues los políticos achacaron a los militares el fracaso del sitio de Bilbao, al estar éstos divididos pues el general Antonio Lizárraga y el brigadier Gerardo Martínez de Velasco manifestaron sus discrepancias con el jefe de Estado Mayor, Antonio Dorregaray. A ello se unieron los recelos entre veteranos carlistas y los de nuevo cuño que se habían incorporado a la causa recientemente. Como Tolosa había caído en manos carlistas en febrero, el Pretendiente instaló su Cuartel Real en la mansión del conde de la Vega de Sella, requisada por el nuevo ayuntamiento, mientras buscaba una manera de evitar más disensiones internas.

⁷ *Crónica Meridional: diario liberal independiente y de intereses generales*, 13 de mayo de 1874, p. 2; *El noticiero de Menorca*, fecha anterior, p. 1.

Tan comunes en las guerras civiles por desgracia, las venganzas personales, se sucedieron y varios civiles incendiaron caseríos cercanos a la ciudad con el pretexto de que sus dueños habían ayudado o eran simpatizantes de las banderas de don Carlos. Al tener conocimiento de estos hechos, Concha ordenó el 6 de mayo que el general Castillo publicase, como gobernador militar de la provincia, un bando por el que sujetaba a Consejo de Guerra a los autores de esos desórdenes, medida que tuvo efectos inmediatos. Al abandonar Serrano el frente y unir los cuerpos de Ejército, fue necesario fundir los dos cuarteles generales, reorganizándose de tal manera que el brigadier Ramón Blanco asumió el mando de la brigada de vanguardia, formada por seis batallones de cazadores; al teniente general Antonio López de Letona se le confió el primer cuerpo con dieciséis batallones; al mariscal de campo Adolfo Morales el segundo con doce batallones; y al teniente general Echagüe el tercero con veinticuatro batallones. El 6º batallón de la Guardia Civil quedó afecto al cuartel general y la sección topográfica se asignó al coronel de Estado Mayor José de Castro. La delicada cuestión del abastecimiento constituyó un serio impedimento para el movimiento de las fuerzas liberales, ante la falta de dinero y de suficientes acémilas, al devolver las 400 carretas adquiridas o requisadas en tierras cántabras en los meses anteriores, ante la protesta de los campesinos afectados por esa medida⁸. Los víveres que se habían concentrado en Santander y Bilbao se enviaron a Miranda y Logroño, pero el tiempo dificultó su desembarco –aún se encontraban en los barcos– y su transporte terrestre.

Concha se propuso dirigirse primero a Logroño por Valmaseda y Medina de Pomar para trasladar la base de operaciones a la línea del Ebro, entre Miranda y Tudela, con la idea de penetrar en tierras navarras por la Ribera y alcanzar Estella, reforzando una débil columna que operaba a la izquierda del Ebro⁹. También pensó en destruir la fábrica de cartuchos y apoderarse de los almacenes de paños de Orduña, entrando en Vitoria para animar con su presencia la causa liberal, reforzando la ciudad militarmente. La marcha de sus fuerzas por Medina de Pomar conllevaba un gran rodeo, pero quedaba compensado con el efecto que supondría su vista para consolidar el ánimo y la disciplina de sus soldados que habían combatido en Somorrostro y se encontraban todavía débiles y deprimidas por algunos frustrados avances. Por otra parte, el tercer cuerpo también necesitaba fijar su disciplina y unidad, pues Serrano había creado, en los meses anteriores,

⁸ Archivo General Militar de Madrid (en adelante, AGMM) EP, carp. 16, doc. 41, «Antecedentes sobre organización del Ejército del Norte» fecha de 9 de mayo de 1874.

⁹ La prensa comenzó a circular la idea de que Concha iniciaría pronto un plan de operaciones que estaba delimitando con sus oficiales, *La lucha: órgano del partido liberal de la provincia de Gerona*, 8 de mayo de 1874, p. 3; *El Constitucional*, 13 de mayo, p. 3.

una amalgama de unidades que resultaba evidente fusionar, mientras aumentaba la confianza en sus oficiales. Pequeñas operaciones en el camino servirían para desvanecer la imagen de unas provincias donde la bandera liberal no tenía apoyo para enfrentarse a la carlista, demostrando lo contrario con el desfile de 25.000 soldados en poblaciones y zonas rurales.

Y, así, a mediados de mayo comenzó la marcha de los soldados liberales cuya vanguardia se adelantó para tomar las alturas cercanas, por si los carlistas hubiesen decidido hacerles frente en las alturas que dominaban Valmaseda, cubriendo la marcha del grueso del Ejército¹⁰. Pero los únicos carlistas que estaban en el pueblo se encontraban en su hospital de sangre, que el marqués del Duero visitó, recomendando a sus médicos que les asistieran sin problemas. El 14 de mayo los liberales llegaron a Medina de Pomar y se acantonaron en Villasante y pueblos anejos, a los que se les exigió raciones de pan que no presentaron a su debido tiempo lo cual retrasó considerablemente su marcha¹¹. Con la intención de alcanzar lo antes posible Orduña por el camino más corto, se ordenó que la artillería rodada y los carros de administración fueran trasladados a Nanclares, mientras el resto de las fuerzas cruzaba el camino de herradura por el valle de Losa¹². Orduña no ofreció más resistencia que el fuego de unas guerrillas de caballería que avanzaron frente al pueblo por poco tiempo, mientras el resto de tropas carlistas lo hizo hacia Amurrio. El municipio abonó una contribución igual a la que proporcionaba a los legitimistas anualmente, perdiendo los depósitos de paños y de prendas de vestir. Los liberales destruyeron la fábrica de cartuchos de Artomaña, previa requisita de los cartuchos útiles, lo cual no fue impedimento para que Concha visitara el hospital de sangre de los carlistas, preguntando por su estado, permitiendo que varios de ellos, de forma voluntaria, se unieran como indultados en sus unidades. El 18 de mayo sus fuerzas abandonaron esas tierras alcanzando Vitoria al día siguiente, tras incorporárseles la división Catalán con la artillería a la altura de Nanclares. La acogida que les tributó la población, manifestando su apoyo, aumentó la moral de los soldados y oficiales. La guarnición de casi dos mil soldados recibió a Concha con los honores de ordenanza, ofreciéndole la casa de la Diputación como alojamiento.

Esta ciudad vasca sufría los contratiempos de un bloqueo desde el control efectivo carlista del campo, por lo que se ordenó la distribución de varias piezas de artillería en sus defensas provisionales, proveyendo de víveres a sus combatientes. Un batallón de la división Catalán fue enviado a Armiñón

¹⁰ *El Constitucional*, 14 de mayo de 1874, p. 3; *El Noticiero de Mallorca*, 16 de mayo, p. 4.

¹¹ *La Correspondencia de España*, 15 de mayo de 1874, p. 1.

¹² Roldán, Enrique: *Un corresponsal en España: 50 crónicas de la Tercera Guerra Carlista*, Madrid, Actas, 2009. pp. 180-181. Crónica fechada el 13 de mayo por la tarde, publicada el 21 siguiente.

para defender la comunicación con Miranda de Ebro, punto decisivo al ser organizado como depósito de municiones de boca y otro material bélico. La caballería salvaguardó el correo y las caravanas, regularizándose el servicio de diligencias y carruajes en esa provincia y zonas limítrofes. La franja más peligrosa del camino era el cruce de sierra llamado las Conchas de Arganzón, terreno donde la caballería no podía desenvolverse adecuadamente, a diferencia de los llanos. Al conocer la existencia de tres antiguas atalayas, el general en jefe ordenó que se reparasen dos de ellas, sobre todo la telegráfica, y dispuso la fijación –en cada una de las torres– de una guarnición de treinta soldados con víveres para sostenerse dos meses. Aunque era evidente que esos soldados no podían resguardar todo el camino, valdrían como sostén a cinco batallones que, junto a varios escuadrones de caballería y algunas piezas de artillería, se dispusieron para actuar en La Rioja alavesa ante posibles ataques carlistas.

Recordando la escasa eficacia que había tenido en otros conflictos anteriores, Concha no quiso dividir sus fuerzas en pequeñas guarniciones –típica respuesta ante la guerra de guerrillas– por lo que intentó organizar otro sistema más económico con mejores resultados, para lo cual solicitó permiso a sus superiores. Su plan partía de la rapidez de las noticias, por lo que resultaba trascendental la disposición de telégrafos ópticos en las líneas militares que cubrían desde Santander a Tudela y alcanzaban los Pirineos. Esos telégrafos debían concertarse con los eléctricos que unían los puntos más extremos, ensanchándose hacia el interior a medida que se fuera tomando por sus tropas. A ello se uniría, para su fortalecimiento, la creación de sólidas columnas dotadas de armas propias para desenvolverse en su comarca, que se emplazarían en la ribera de Navarra y la Rioja alavesa para salvaguardar el Ebro. Asimismo, también se colocarían en Medina de Pomar para dominar el valle de Losa; en Villasante y en Ramales para amparar las Encartaciones. Estas columnas enclaustrarían a los carlistas en su territorio y gracias a las torres se podrían recibir avisos inmediatos sobre sus movimientos¹³. De esta manera, se lograría evitar cualquier tipo de expedición carlista a Castilla, de donde los legitimistas habían obtenido 4.000 hombres y algunos recursos. Por otra parte, también se impediría repetir las expediciones carlistas sobre Asturias o Galicia de los años treinta, ahogando las iniciativas del enemigo, esperando que se rindiera ante el agotamiento de alimentos y esterilidad de movimientos. Para el establecimiento de líneas ópticas, Concha propuso que se utilizara la mitad del antiguo material de las 74 torres que habían establecido en Cataluña durante el conflicto de 1846 a 1849. Su propuesta recibió el placet de Madrid y el gobierno nombró –a sugerencia del general en jefe– como director general de telégrafos militares al brigadier Mathé.

¹³ De la Vega Inclán, Miguel et al.: *Relación histórica...*, pp. 70-78.

Al tiempo que sus órdenes se cumplían, los liberales continuaron instruyendo tropas, distribuyendo efectivos en Vitoria, disponiéndose para alguna acción diseñada como un pequeño triunfo para elevar el ánimo de los soldados. De esta manera, Manuel Gutiérrez de la Concha comunicó a sus superiores su intención de atacar las fuerzas establecidas en Villarreal de Álava, montañas de Arlabán y faldas de Peña Gorbea, compuestas por doce batallones carlistas al mando de Dorregaray, con Medir y como su jefe de Estado Mayor. Si se lograba la victoria con captura de prisioneros, sus fuerzas obtendrían información sobre la situación de las defensas que los carlistas podían haber establecido en el camino de Ochandiano, hacia Durango, y sobre toda la tipografía de la zona. El avance comenzó el 24 de mayo, dividiéndose en tres columnas, bajo el mando de Echagüe a la derecha, Martínez Campos a la izquierda y en el centro el general Concha, el cual penetró en Villarreal, abandonado por las fuerzas legitimistas que combatieron durante todo el día en unas posiciones próximas al pueblo, más ventajosas, con una brigada de vanguardia y una pieza de artillería. La fidelidad carlista del pueblo fue sancionada con la imposición de una imposición fiscal semejante a la que abonaban a los legitimistas y con suficiente alimento mediante el cual se abasteció a las tropas ese día. Su prensa presentó la acción de Villarreal como una retirada de tropas liberales, aunque realmente fue una derrota carlista¹⁴. Al día siguiente, las tres columnas volvieron a Vitoria sin tener ningún problema y, de nuevo, caminaron hacia Salvatierra el 26 de mayo, repitiéndose los mismos eventos que en el pueblo anterior sin que hubiera ningún tipo de resistencia armada por parte de los legitimistas.

Por indicación de Concha al gobierno, el general Echagüe fue encargado de la antigua capitania general de Navarra, donde se incorporó con la misión de reorganizar la división de la Ribera, formada por 2 batallones y 1.000 caballos. Paralelamente, el general en jefe decidió permanecer unos días más en Vitoria mientras intentaba, con el respaldo de Serrano, levantar el bloqueo comercial que había provocado en las provincias castellanas un aislamiento de los mercados vascos y de sus puertos, necesarios para la exportación de sus productos, originándose un consecuente deterioro económico que había afectado a su población. Ya que, pese al optimismo que la prensa liberal había divulgado en España tras la victoria de Las Muñecas y Galdamés, la guerra no había finalizado ni se veía en el horizonte su final, salvo que hubiera batallas definitivas o que produjeran una debacle en el ejército carlista.

¹⁴ *El Estandarte católico-monárquico*, 22 de junio de 1874, p. 2. Sobre la importancia del papel de la prensa en la época me remito a Moral Roncal, Antonio Manuel, «La prensa y las culturas políticas carlista y liberal durante el Sexenio Revolucionario», *Torre de los Lujanes*, 68 (2011) pp. 115-141.

HACIA LODOSA Y SESMA

Al finalizar las obras de defensa de Bilbao en su mayor parte estaban concluidas, así como las de las torres del paso de las Conchas, el marqués del Duero decidió encaminarse hacia Logroño el 1 de junio, donde se encontraba el octogenario general Espartero, líder militar de la Primera Guerra Carlista, verdadero icono de la resistencia liberal durante ese conflicto. Concha envió un oficial para que invitarle a encabezar la entrada de sus tropas en la ciudad o presenciar, con todos los honores, el desfile desde su residencia, pero el veterano militar declinó amablemente su ofrecimiento por motivos de salud. Los logroñeses aclamaron al general y sus soldados, tildándole como «*Liberador de Bilbao*», tras lo cual sus fuerzas se acantonaron en el caso urbano y sus inmediateces. En sus entrevistas con los notables de la zona, el general en jefe verificó su seguridad, repetida en muchas ocasiones, que, si lograba entrar en Estella y capturar alrededor de quinientos prisioneros, otorgando garantías para su seguridad, la mayor parte de los hombres jóvenes de aquella comarca navarra retornaría a sus casas y el carlismo se vería mermado¹⁵. Todo ello le convenció más de la necesidad de agrupar el mayor número de soldados, considerando que los que tenía en aquellos momentos resultaban todavía escasos. Pensó en ordenar el traslado del segundo cuerpo que todavía estaba en Bilbao, pero llegó a Logroño una carta del general Castillo explicando que no podía desprenderse de esa fuerza, al ser necesaria para finalizar las obras de defensa totalmente. Ante esa situación, Concha se limitó a solicitar una brigada de las tres que componían el segundo cuerpo, pero otra dificultad imposibilitó la concentración de sus tropas al atacar Hernani los carlistas, para distraer la llegada de los liberales a Estella. Al conocer que el pueblo había sido bombardeado, se enviaron dos batallones de Bilbao en socorro de San Sebastián al considerarse que la ciudad y puerto se encontrarían amenazadas en poco tiempo¹⁶. La maniobra tuvo éxito pues los carlistas se retiraron ante el envío del socorro, pero una fuerza legitimista formada por seis batallones y varios jinetes de caballería, al mando de Lizárraga, se situó en Sangüesa con la intención de penetrar en tierras aragonesas o atacar un castillo. Justamente, así ocurrió al tener noticia de la retirada de su guarnición militar por orden

¹⁵ *Morning Post*, 22 de junio de 1874, noticia publicada en español en *El Gobierno: diario político de la mañana*, el 29 de junio siguiente.

¹⁶ La capital donostiarra se encontraba defendida por 4.700 hombres, organizados en 1.800 soldados, 2.100 voluntarios, 400 migueletes y 400 volantes. Debían defender una línea muy extensa, desde Hernani a Irún. Fue enviado el brigadier Zenarruza para que inspeccionara sus defensas y escribiera un informe, el cual Concha leyó los días que estuvo en Vitoria. AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.25. «Situación del país y operaciones realizadas contra carlistas desde el 3 de enero hasta el 19 de octubre de 1874».

del capitán general de Aragón. Ello motivó que Concha ordenara al general Echagüe que con sus fuerzas se desplazara desde Tafalla a Lumbier para frenar la entrada de esa expedición carlista, enviando en su ayuda a la brigada Otal por Gallur, Tauste y Sospor Retuerta, flanqueando el flanco derecho del adversario. Los carlistas pronto adivinaron la trampa que se les tendía y, cerca de Jaca, temiendo ser cortados por el movimiento combinado de ambas fuerzas se retiraron por el canal de Berdun a zona navarra leal, posicionándose en Navascués¹⁷. Echagüe con sus soldados, junto a los que le remitió Martínez Campos, comandante en jefe del tercer cuerpo, pudo ocupar la peña de Unzué y El Carrascal, expulsando a los carlistas de Navascués hacia Puente la Reina.

A Concha se le notificó que estas fuerzas habían entrado en Pamplona, regresando al poco tiempo a Tafalla, siendo enviadas más tarde a posicionarse en Larraga, donde también llegaron las fuerzas al mando de Martínez Campos. Se les asignó la misión de reparar un puente cortado y escoltar los convoyes de aprovisionamiento de los almacenes de Larraga y Lerin, estableciendo hornos de campaña y hospitales. Paralelamente, el marqués del Duero organizó en la capital riojana una brigada que debía oponerse a las andanzas de los carlistas y sostener la comunicación con Vitoria, encargándose de su mando el brigadier Acellana¹⁸. El 9 de junio el general Concha se trasladó a Lodosa, en la orilla izquierda del Ebro, con la brigada Beaumont, acercándose a la vanguardia de sus objetivos, potenciando la adquisición de aprovisionamientos y conseguir más acémilas para su transporte. Allí se entrevistó con las autoridades locales y les aconsejó lealtad y obediencia al gobierno de Madrid y el pago de contribuciones, denostando abiertamente el ideario carlista. Al saber que habían detenido y entregado a dos sargentos liberales que se habían acercado a Lodosa a por alimentos, les amenazó con castigos que se les asignaría cuando llegara el final de la guerra –que vaticinaba breve– si continuaban colaborando con el enemigo.

El regimiento de infantería de Zaragoza, procedente de las columnas de Medina de Pomar, y dos baterías, una de montaña y otra de posición de a doce, con una compañía de artillería a pie, llegaron a Lodosa el día 14 de junio¹⁹. La misma había protagonizado un episodio de indisciplina que, para Concha, resultaba evidente cortar de raíz pues no soportaba esa clase de faltas. Sus fuerzas desarmaron a la compañía y sometieron a consejo de guerra a los

¹⁷ *El Constitucional*, 21 de junio de 1874, p. 2. Aunque la versión carlista fue la contraria como se aprecia en *La Crónica de Badajoz*, 23 de junio, p. 1, adjudicándose la victoria.

¹⁸ AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.21, «Situación de las partidas carlistas en Logroño».

¹⁹ La prensa notificó la concentración de tropas que estaba realizando Concha como se aprecia en *El Bien Público*, 20 de junio de 1874, p. 3, de forma escalonada «para dejar expeditas las comunicaciones y acudir a tiempo donde sea necesario».

responsables, condenando posteriormente con pena de cárcel a un sargento y a diecinueve cabos y soldados. Consiguió llegar también un batallón de Gerona procedente de San Sebastián. El general Castillo anunció dos días después la salida del regimiento de Ontoria desde la capital vizcaína, al que seguiría, en breves días, el de Asturias, con lo que esperaba reforzar de esa manera al ejército del marqués del Duero, al tiempo que atendía sus órdenes²⁰. En una carta comunicó a su superior que faltaba dinero para pagar las defensas urbanas, lo cual había atrasado las obras, pese a las promesas económicas de las autoridades municipales y las centrales. No obstante, la llegada de esos soldados no pudo evitar la salida del 10º batallón de la Guardia Civil y del 2º de carabineros que regresaron a Madrid, quizá por calificarlos faltos de operatividad en el futuro campo de batalla. La prensa carlista presentó otra visión del hecho, al referirse a esos hombres como «presidarios vestidos de guardias civiles» que, tras haber estado en la campaña de Bilbao al mando de Echagüe, se les había devuelto a las cárceles porque continuaban delinquirando²¹.

Al igual que en Somorrostro y Castro Urdiales, el mal tiempo entorpeció la marcha de los convoyes de las fuerzas liberales con alimentos y material bélico, deteniéndoles en varios momentos, lo que retrasó el plan de maniobras. Ante esta situación, Concha envió al Gobierno un proyecto de bando con el que trató de mermar el sostén de la población civil al carlismo, amenazando con la deportación a Ultramar de toda persona que excitara a la rebelión y la multa de dos mil quinientas pesetas a todo joven que se pasara al ejército legitimista, las cuales serían abonadas por su familia y, en caso de insolvencia, por el pueblo donde residiese. Al mismo tiempo, se concedería la dispensa del servicio militar o la licencia absoluta al civil o soldado que presentara a alguno de esos instigadores al motín, reos prófugos, ladrones, incendiarios y partidarios del Pretendiente. En caso de ser denunciados por un equipo consistorial o municipal, la exención se aplicaría al cupo de dicha localidad.

Mientras tanto, en la España carlista, se anunció que el 14 de junio Carlos VII y su esposa Margarita de Borbón habían realizado una entrada triunfal en Tolosa, antigua capital foral. La llegada de la reina se celebró con una gran parada militar que los Pretendientes revistaron a caballo, visitando a continuación el santuario ignaciano de Loyola, Azpeitia y Azcoitia –en cuya parroquia fueron recibidos bajo palio como los antiguos reyes–, Oñate, Durango y Elorrio. Carlos VII quiso acercarse a Estella, pero sus ayudantes le convencieron para que renunciara a la idea, al conocerse que los liberales planeaban atacar la localidad en breve tiempo²².

²⁰ *La Correspondencia de España*, 20 de junio de 1874, p. 3.

²¹ *El Estandarte católico-monárquico*, 22 de junio de 1874, p. 3.

²² *El Estandarte católico-monárquico*, 16 de junio de 1874, p. 1.

Concha publicó una orden general donde explicó el sistema más adecuado para perseguir a los carlistas, fruto de sus reflexiones que pretendía aplicar en la futura batalla. La caballería liberal debía formar con las filas abiertas a distancia de sección de menos de tres pasos, con el fin de que –si se ordenaba cargar– la primera fila pudiera entregarse a la persecución sin detenerse después del choque para ordenarse. La segunda línea marcharía ordenadamente, sirviendo de apoyo y protección de la primera. Indistintamente, se ocupó en redactar las instrucciones para el ataque a Estella, siendo lógicamente secretas, por lo que Concha ordenó que sólo dos días antes de realizar el movimiento los generales comandantes en jefe de los cuerpos conocieran sus instrucciones. Este escrupuloso secretismo fue guardado tanto para desorientar al enemigo como para afianzar la confianza de los soldados en sus mandos. El periodista británico Mac Graham apuntó que el marqués del Duero sospechaba de cualquier civil que se paseara cerca de su cuartel general, por lo que se exigía credencial a todos aquellos –como los corresponsales de guerra– que se encontraban siguiendo a sus fuerzas²³.

Como resultaba necesario tener un conocimiento lo más realista y actualizado del territorio donde se iba a operar, fueron entrevistadas varias personas de confianza y se intentó obtener información lo más detallada posible, mientras se racionaba algunos pueblos ocupados por las tropas²⁴. Martínez Campos realizó un reconocimiento del bosque que había en la vertiente meridional de la cordillera con su caballería, desde Muruzábal hasta Oteiza y Lorca, para saber qué características tenían sus árboles, si tenían matorrales o arbustos que hicieran difícil el acceso a la cordillera, en el caso de que estuviera ocupada por los carlistas, la distancia entre Oteiza y el monte, si la cumbre estaba limpia, si el bosque era de vertiente o llegaba hasta el llano, etc. Al concentrarse varios días en Lodosa las tropas liberales, la prensa carlista divulgó que los liberales se encontraban «aislados» ya que sus fieles soldados habían cortado los principales puentes cercanos²⁵.

En Madrid, la opinión pública y el gobierno de Serrano esperaban noticias de una acción que levantara el ánimo de la España liberal, pues el infante don Alfonso, hermano del Pretendiente, había tratado de atacar en Alcora al general Montenegro, cifrando sus fuerzas en 12.000 soldados²⁶. Posteriormente, toda la información que le fue suministrada ayudó a que Concha escribiera sus instrucciones, que fueron acompañadas de un plano del terreno, su descripción

²³ Roldán: *Un corresponsal en España...*, p. 184. Crónica publicada en *The Evening Standard* el 16 de junio de 1874, aunque firmada el día 10.

²⁴ *El Bien Público*, 20 de junio de 1874, p. 3.

²⁵ *La Crónica de Badajoz*, 23 de junio de 1874, p. 1.

²⁶ AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.25, telegrama fechado el 16 de junio de 1874 del Ministerio de la Guerra.

y la de los caminos, así como todo tipo de detalles. Las mismas fueron remitidas a sus generales el día 21, cuando el cuartel general abandonó Lodosa, después de oír misa, hacia Lerín²⁷. No obstante, la lluvia, el frío, el barro y el viento hicieron intransitables los caminos durante dos días, deteniendo la marcha de los soldados liberales en Sesma. Los oficiales desearon haber tenido la posibilidad de organizar otro cuerpo de ejército para operar desde Los Arcos por La Solana pero resultaba un sueño económicamente imposible por lo que, a pesar de creer que su infantería era escasa, se confió en la superioridad de su artillería y caballería, ventaja notable y evidente respecto a sus enemigos.

En esos momentos se conoció una proclama del carlista Antonio Dorregaray a sus hombres, que la encabezó con un «Voluntarios» en vez de «soldados», subrayando el hecho de que bajo la bandera de Carlos VII se reunían libremente los combatientes, a diferencia de los liberales que obligaban con sus quintas a servir en el Ejército. Pero la realidad es que también los carlistas forzaban a muchos mozos a servir bajo sus filas en el territorio que controlaban o hacían expediciones. Tildó a las fuerzas de Concha como «revolucionarias» y a su líder lo definió como un «general que ha servido y ha hecho traición a todas las situaciones políticas», con evidente exageración, ya que Concha siempre fue un liberal moderado que notoriamente apoyó las políticas más centristas de la Unión Liberal de O'Donnell. Antonio Dorregaray animó a que sus hombres rechazasen con desprecio las calumnias y amenazas de los mandos liberales, los cuales deseaban «sembrar la desconfianza, la discordia y la cobardía» en sus filas, pero no podrían conseguirlo. Les recordó que tuvieran confianza —como él la mantenía— en un sistema de trincheras que habían dispuesto en un perímetro de cinco leguas que esterilizaría «casi por completo el terrible poder de la artillería de nuestros enemigos», obligándoles a caminar hacia ellos a la zapa, fortificándose a cada palmo de terreno que lograsen avanzar penosamente, para venir a estrellarse en las trincheras carlistas «dejando el campo cubierto de víctimas». Con rotundidad afirmó Dorregaray que los liberales no se apoderarían de Estella y, de esa manera, «la guerra entraría en condiciones nuevas muy ventajosas para nosotros». Finalmente, aunque recordó a sus soldados la hidalguía que demostraban en batalla, amenazó a que «al primer acto de barbarie que cometan contra nosotros o contra el país, en odio a nuestra causa, comenzaremos a hacerles la guerra sin cuartel»²⁸.

²⁷ *La Paz*, 21 de junio de 1874, p. 3 y *El Gobierno: diario político de la mañana*, 23 de junio, p. 2.

²⁸ La proclama carlista fue difundida en la prensa liberal, *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1; *La Época*, 28 de junio, p. 3; y *La Correspondencia de España*, 28 de junio, p. 3. Resultaba lógico que las noticias se retrasaran varios días en publicarse pues los partes oficiales era necesario llevarlos hasta la estación de Lodosa, a siete leguas, custodiados por jinetes como escolta.

Como respuesta, Concha emitió una orden general el día 24 de junio, al llegar a Lárrega, donde se dirigía a sus «soldados», anunciándoles la publicación de la proclama carlista «anunciando para más adelante una guerra sin cuartel». Calificó la amenaza como una manifestación de su propia desesperación, propia de una causa perdida que no le queda más remedio que la crueldad en su final. Animó a sus tropas a no seguir su ejemplo pues su misión era vencer y no asesinar. Confió en que «al entrar en Estella, que está destinada a sufrir los estragos de nuestra formidable artillería, no se desmentirá un instante la proverbial hidalguía del soldado castellano ante un enemigo vencido y ante una población que, al fin, es una ciudad de España». De esa manera se sofocaría ese grito de rabia que anunciaba la impotencia de los carlistas, mereciendo la estima de los hombres honrados²⁹.

La propaganda de los seguidores de don Carlos se extendió durante esos días como un arma más, llegando a filas gubernamentales papeles donde se denunciaba al general Concha, el cual –aseguraban– tenía órdenes de conceder licencia absoluta a los soldados que tuvieran derecho, pero que no las había dado a conocer, para evitar la merma de fuerzas. Sus anónimos autores –posiblemente carlistas– animaban a la desertión puesto que su jefe los llevaba al matadero. No obstante, si los legitimistas deseaban mermar la moral de las tropas liberales, fracasaron totalmente, pues se encontraban totalmente abastecidos en muchos aspectos. Habían recibido las brigadas dos pares de alpargatas por soldado, 54.000 cartuchos de repuesto –además de los reglamentarios que ya poseían–, provisiones, camas y material sanitario en perfecto estado³⁰.

Manuel de la Concha fue recibido con todos los honores por los generales Echagüe, Tassara, Reyes y Martínez Campos con sus tropas del tercer cuerpo, la brigada de vanguardia y la división de la Ribera, a las que pasó revista ligera, ordenando las últimas disposiciones para comenzar el movimiento al día siguiente, conducente a la conquista de Estella. No obstante, antes de partir, Concha inspeccionó el fuerte de La Corona, situado en un monte cercano a Lárrega, «recorriendo con la vista el panorama al Norte que es el camino a Estella», descendiendo a continuación al pueblo para visitar las obras artilladas en torno a la iglesia y los hornos de campaña montados³¹. Por entonces, la prensa extranjera computaba su ejército en unos 28.000 hombres y 65 piezas de artillería³².

²⁹ Biblioteca de la Real Academia de la Historia (BRAH), fondo Pirala, 2º leg., 6.880 b), junio 1874. La proclama de Concha fue publicada en la prensa, por ejemplo, *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3.

³⁰ *La Correspondencia de España*, 28 de junio de 1874, publicó una carta de su corresponsal fechada el día 24, p. 3.

³¹ *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1.

³² *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3. Roldán: *Un corresponsal en España...*, p. 184. Crónica publicada en *The Evening Standard* el 16 de junio de 1874, aunque firmada el día 10.

El objetivo no era sólo tomar una población sino, como se publicaría posteriormente, el general Concha no sólo quería una victoria, quería más, pues «presente en su memoria el que en las operaciones sobre Bilbao, teniendo reunido todo el ejército carlista, sólo el retraso de algunas horas impidió un resultado decisivo, veía en Estella una situación semejante, encontraba también allí por segunda vez, reunido todo el grueso de las fuerzas rebeldes, y no era de desperdiciar la ocasión con que la fortuna le brindaba para destruirlas y terminar tal vez la guerra. Su plan, por consiguiente, estaba concebido conforme con esta idea, y a realizarla se dirigía su movimiento envolvente. Por él, una vez ejecutado con éxito, podía llegar hasta cortar al ejército enemigo el camino de las Amezcuas y el del Valle de la Berrueza, que era su retirada natural, y arrojado sobre el Ebro, su suerte estaba decidida, no quedándole quizás otro recurso que el de rendir las armas»³³. Y, en definitiva, aumentar la división dentro del campo carlista y llegar a un convenio por desaliento y abandono, tal y como había sucedido en el frente del Norte en 1839 durante la Primera Guerra Carlista³⁴.

Mientras tanto, en el campo carlista, desde que fue advertida los movimientos del ejército liberal hacia Vitoria y otros en el sur de Navarra, se procedió a atrincherar todo Montejurra desde Dicastillo por Arroniz y Urbiola, la falda de Monjardín y las entradas de Berrueza y La Solana; la zona de Puente la Reina desde la ermita de Santa Bárbara y montes de Guirguirllano—enlazando con los de Blasco, la peña de Echauri y Salinas de Oro—hasta los valles de Goñi y Olo, inmediatos a la sierra de Andía. La línea seguía por Cirauqui, Mañeru, Villauerta y otros puntos hasta Estella. Según la prensa liberal, «la extensión de estas posiciones atrincheradas es de tres veces mayor que las que tenían frente a Somorrostro y los atrincheramientos no pueden menos de ser formidables»³⁵.

El general Dorregaray decidió enviar rápidamente al general Tomás Mendiry a Estella con algunos batallones de infantería e ingenieros con la misión de fortificar la población. Como el ataque podía tener lugar por diferentes sectores, se articuló una línea a corta distancia de la ciudad, lo cual tenía sus inconvenientes pues comportaría daños a Estella al acercar el frente bélico, pero poseía la ventaja de contar con la proximidad de fuerzas de reserva para actuar sobre los sectores más débiles que no resistieran la artillería o infantería liberal.

Al mismo tiempo, se concentraron más unidades, congregándose nueve batallones navarros en las inmediaciones, cuatro alaveses, tres vizcaínos,

³³ De la Vega Inclán, Miguel et al.: *Relación histórica...*, pp. 138-139.

³⁴ Posibilidad de anunciada en la prensa liberal, ver *Crónica Meridional*, 23 de junio de 1874 y *El Noticiero de Menorca* en la misma fecha, p. 1.

³⁵ *El Bien Público*, 24 de junio de 1874, p. 1.

cuatro guipuzcoanos, cuatro castellanos, dos santanderinos, uno aragonés y otro asturiano³⁶. Los carlistas lograron reunir diez piezas de artillería de montaña, un regimiento de caballería y un batallón de ingenieros, sumando, aproximadamente, 22.000 hombres. Si se calculan los efectivos de todo el Ejército Real del Norte en torno a 32.000 hombres, 1.200 caballos y 25 cañones en esos momentos, los carlistas presentaron el grueso de sus fuerzas, prácticamente. La disposición de los frentes, a modo de un gran polígono en el que ellos ocupaban la posición central, les permitía concentrar sus fuerzas con rapidez en uno u otro lado, pero se arriesgaron a que los liberales les cortaran la retirada³⁷. Su prensa, si bien reconoció la superioridad en número de los liberales, intentó minimizar las posibilidades de su operatividad ironizando sobre su incapacidad para ganar la guerra por la inoperancia de sus oficiales, las divisiones y ambiciones de sus jefes políticos y las continuas peticiones de tropas de Concha³⁸.

El periodista británico Mac Graham, llegó a cifrar las fuerzas liberales en 50.000 hombres frente a unos 25.000 carlistas³⁹ y algún periódico español las redujo a 37.000 soldados y 80 piezas de artillería, pero fueron números exagerados⁴⁰. En la campaña de Las Muñecas, el primer y el segundo cuerpo del Ejército liberal del Norte sumaron 15.494 hombres mientras el tercer cuerpo –al mando de Concha– se cifró entre 16.682 y 17.366, según diversas fuentes⁴¹. En total, entre 32.176 y 32.860 individuos sumando jefes, oficiales, soldados, obreros, y sanitarios. Al abandonar Bilbao, Concha dispuso una guarnición de 3.532 hombres, y en su camino hacia Vitoria y Logroño destinó algunas tropas a la protección de esas zonas⁴². En el informe del general Echagüe al ministro de la Guerra, firmado el 5 de julio de 1874, sobre la batalla de Abárzuza o Monte Muru señaló que un día el convoy de alimentos transportó sólo 10.000 raciones «*en vez de las 30.000 que por de pronto se necesitaban*» para un día de combate⁴³. Por todo ello, la

³⁶ *La Correspondencia de España*, 20 de junio de 1874, p. 3; Roldán, Enrique: «La batalla de Abárzuza», *Aportes*, 58 (2005), p. 108.

³⁷ Prado San Gil, Juan: «Los Ejércitos carlistas en 1872-1876», *Aportes*, 58 (2005), p. 68.

³⁸ *El Estandarte católico-monárquico*, 22 de junio de 1874, p. 3.

³⁹ Roldán González: *Un corresponsal en España...*, p. 189.

⁴⁰ *La Lucha: órgano del Partido Liberal en la provincia de Gerona*, 21 de junio de 1874, p. 3.

⁴¹ De la Vega Inclán, Miguel *et al.*: *Relación histórica...*, apéndice 1, Estado de la fuerza que tiene en el día de la fecha (22 de abril de 1874) el III cuerpo del Ejército del Norte, pp. 23-24; Pirala: *Historia contemporánea...*, tomo XI (tomo V en el original), pp. 295 y 311.

⁴² De la Vega Inclán, Miguel *et al.*: *Relación histórica...*, apéndice 6, Estado de la fuerza de guarnición, 10 de mayo de 1874, p. XIII.

⁴³ *Ibid.*, apéndice 14, Operaciones sobre Estella, parte detallado, p. XXXVI.

cifra de unos 28.000 hombres, citada en la prensa española, para el ejército liberal que se preparaba para tomar Estella y derrotar a sus enemigos pudo ser la más cercana a la realidad⁴⁴. Si bien parece que los carlistas concentraron más hombres de infantería, los liberales les superaron en caballería y artillería. En Estella tan sólo se contaba con algunos cañones provenientes de Francia y dos de fabricación Krupp que Tristany había capturado en Vich.

Las trincheras carlistas fueron excepcionales para su época, vista su eficacia en la campaña desarrollada en tierras cántabras⁴⁵. Se zanjaban en tierra y desde ellas se oponían directamente a la fuerza del atacante y, si la artillería enemiga les bombardeaba, sus soldados, sin salir de la trinchera, se retiraban a otras líneas de segunda fila por pasillos cavados o a los flancos. Y cuando cesaba el fuego artillero y avanzaba la infantería liberal, los carlistas volvían a ocupar su posición inicial disparando cuando tenían a su enemigo a una distancia de 300 ó 400 metros con descargas que habían ocasionado numerosas bajas⁴⁶. Quedaba claro que los mandos carlistas –Iturmendi, Mendiry, Lerga y Bériz a las órdenes de Dorregaray– parecían dispuestos a mantenerse en las líneas de Estella⁴⁷. Los periódicos afines publicaron que, además de cavar trincheras, los carlistas colocaron piezas de artillería escalonadas en puntos estratégicos y sus «partidas amenazan las líneas de abastecimiento republicanas; apresan en los caminos a oficiales y soldados republicanos que circulan para incorporarse a sus cuerpos, se apoderan de los correos, o de provisiones. Don Carlos recorre distintos lugares de Navarra y Vascongadas, estuvo en Azpeitia, luego en Tolosa, posteriormente en Durango y ahora en Vergara, esperando aquí en Estella que venga en el momento menos esperado»⁴⁸. Los pueblos navarros habían contribuido con seis batallones para cubrir las bajas legitimistas, aunque numerosos campesinos de La Solana y La Berrueza se dirigieron a las autoridades carlistas para manifestarles su temor a perder la cosecha durante los ataques a Estella⁴⁹.

⁴⁴ *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3. Incluso la prensa carlista también admitió una cifra cercana a los 30.000 hombres como se aprecia en *El Estandarte católico-monárquico*, 22 de junio de 1874, p. 2.

⁴⁵ Ocariz Basarte, José María y Roldán Vergarachea, Iván: «Fortificaciones en el frente de Estella durante la Tercera Guerra Carlista. 1ª parte. Contexto histórico militar», en Montaña Buchaca, Daniel, Rafart Canals, Josep (coords.): *Propaganda carlista, religió, literatura i operacions militars: III Simposid'Història del Carlisme, Avià, 9 de maig de 2015*, Centro de Estudios de Avià, 2015, pp. 171-180.

⁴⁶ Ruiz Dana, Pedro: *Estudio sobre la guerra civil en el Norte de 1872 a 1876*, Madrid, J. J. de las Heras, 1876.

⁴⁷ *La Época*, 29 de junio de 1874, p. 2, publicó noticias enviadas cinco días antes desde Bayona.

⁴⁸ Roldán González, Enrique, *Un corresponsal en España...*, p. 186.

⁴⁹ *El Bien Público*, 24 de junio de 1874, p. 1.

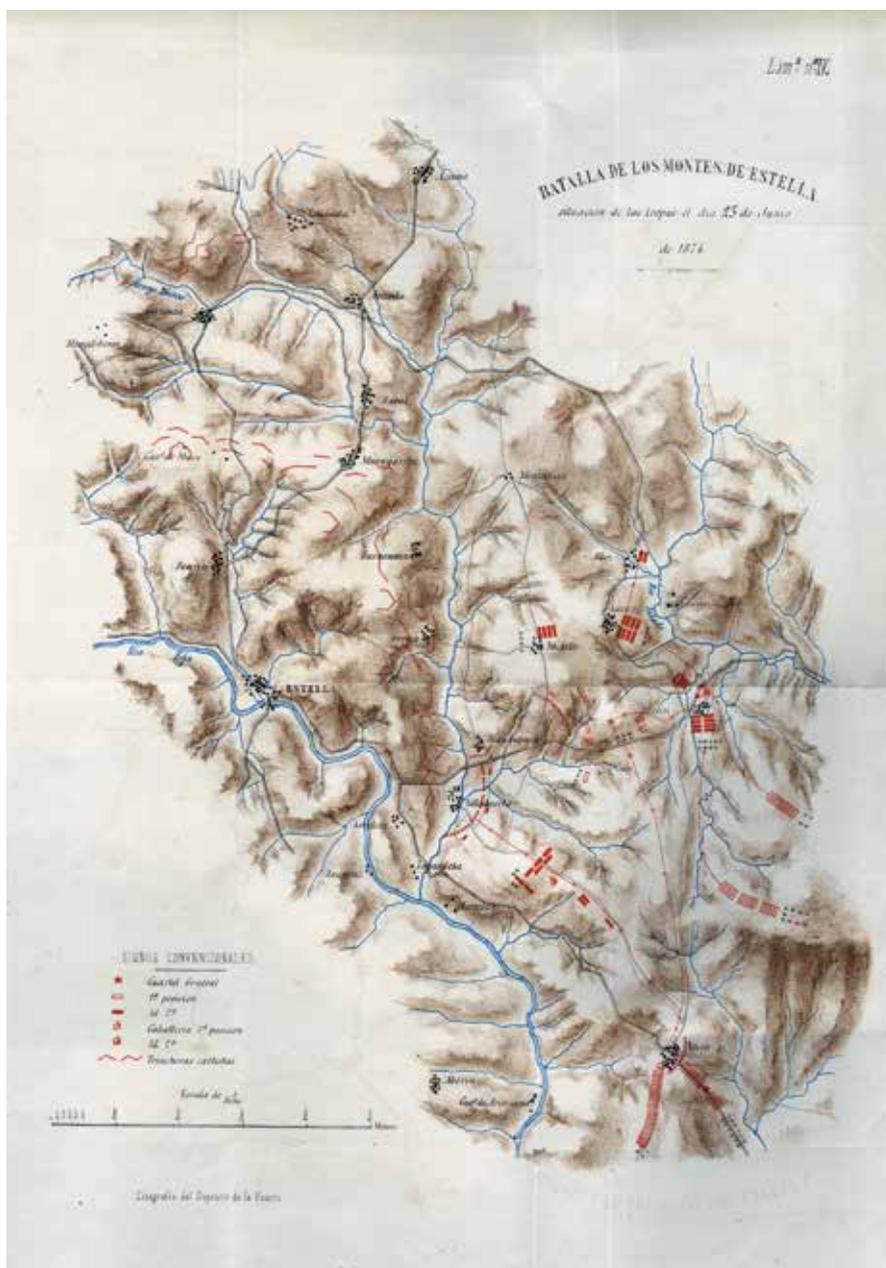
HORA DE ESPADAS

El 25 de junio a las cuatro de la mañana se emprendió el movimiento de las fuerzas liberales de Larraga a Estella en tres columnas. La primera de ellas, bajo el mando de Martínez Campos, con ocho batallones y una batería de seis piezas Plasencia, se encaminó desde Mañeru hasta Muruzábal, desde donde se dirigió sobre la derecha en dirección a Lorca, Lácar y Alloz, siguiendo por la cumbre del monte Esquinza. La segunda, con doce batallones y cuatro piezas Plasencia, se encaminó faldeando el monte, dirigida por Echagüe, para atacar el bosque y las posiciones de la vertiente meridional, apoyada en la cumbre por las fuerzas de Martínez Campos⁵⁰. Concha se encargó de la tercera columna, compuesta por la brigada de vanguardia, la segunda brigada de la primera división –a las órdenes del brigadier Otal–, dos batallones de la división de la Ribera, toda la artillería y caballería, que avanzaron por carretera hacia Oteiza. Todas eran fuerzas del tercer cuerpo, mientras el primero con dieciséis batallones, artillería y caballería agregadas partió desde Lerin a la misma hora hacia Oteiza, por la orilla izquierda del río Ega⁵¹.

Convergió a la misma hora las fuerzas del primer cuerpo convergió a la misma hora con la tercera columna, mientras las otras dos alcanzaban sus posiciones a las dos de la tarde, coronando las alturas desde las cuales se veía Lorca, manteniendo tiroteo. Los soldados de Otal se apoderaron de las alturas que dominaban Villatuerta, a 3 kilómetros de Estella. Desde allí una batería de montaña comenzó a disparar a las trincheras carlistas en las faldas de Montejurra. La columna de vanguardia avanzó en cuatro por la derecha de la carretera de Estella, continuando hacia Murillo donde llegó a las dos de la tarde, protegiendo con dos baterías el movimiento de tropas que tomaron Villatuerta, cañoneando el pueblo de Grocín ocupado por una fuerza importante de los carlistas. Las tropas bajo la dirección del marqués del Duero se posicionaron en las alturas a la derecha de la carretera de Oteiza a Villatuerta, para batir los montes de Estella. El resto de la caballería y artillería permaneció en columna esperando el resultado de estos movimientos. El ayudante del brigadier Blanco anunció la toma de Murillo sin resistencia, por lo que se encontraban las fuerzas de vanguardia en disposición de continuar su avance, pero Concha consideró muy importante la conquista de Villatuerta para protegerlas, por lo que decidió esperar. A las seis y media de la tarde, viendo cómo se demoraba

⁵⁰ Los principales movimientos desarrollados en los tres días de batalla fueron publicados en *La Gaceta de Madrid*, 7 de julio de 1874, p. 1.

⁵¹ *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3 y 28 de junio, p. 3.



Batalla de Abárzuza. Situación el 25 de junio de 1874.
Fuente: AGMM, planos del Archivo Facultativo de Artillería

la conquista de la citada población por las tropas de Martínez Campos, el marqués del Duero envió al general Vega Inclán con la orden de proceder a ello⁵². De esta manera, se inició la lucha a bayoneta contra dos batallones carlistas que defendían el pueblo hasta que éstos se batieron en retirada, al igual que en el inmediato Arandigoyen. Pero Blanco no pudo avanzar, ordenándosele que aguardara las raciones de sus soldados, que vendrían desde Oteiza, y pernoctara en Murillo⁵³. En Lorca se asentó el Cuartel General con la columna de Echagüe, la artillería rodada y la caballería; las fuerzas de Martínez Campos lo hicieron en Lácar y Alloz⁵⁴. A su frente se extendían las defensas carlistas, fuertes líneas de trincheras y reductos en diez kilómetros desde Villatuerta hasta Abárzuza.

Los liberales habían logrado ocupar un semicírculo de posiciones frente a Estella, por lo que el 26 de junio, Concha dispuso que el primer cuerpo atacaría de frente desde Villatuerta, por la carretera que se dirigía hacia la ciudad carlista; apoyada por Echagüe, la vanguardia de Blanco y los soldados de Martínez Campos realizarían un movimiento envolvente hacia el extremo opuesto de la cordillera, o sea la izquierda carlista, apoderándose del valle hasta Abárzuza, llegando hasta Monte Muru, llave de la posición y objetivo principal, pues desde allí se dominaba Estella y se podían tomar de flanco todas las líneas de trincheras de la cordillera. Mientras tanto, el primer cuerpo amenazaría con atravesar los vados del Ega para penetrar en la Solana, atacando la corte carlista por la derecha del río. Como la prensa anunció en esos momentos, e incluso días posteriores, «militares caracterizados aseguran que si el general Concha sigue su movimiento envolvente hacia Abárzuza, los carlistas no opondrán ninguna resistencia a las fuerzas del Ejército, retirándose inmediatamente a las Amezcoas⁵⁵».

Se tocó diana a las cuatro de la mañana y, en las primeras horas, las tropas del primer cuerpo recibieron los primeros disparos del enemigo, por lo que rompieron fuego sus baterías sin esperar la señal prevenida para dos horas más tarde. El Cuartel General se trasladó de Lorca a Murillo, donde se encontraba la brigada de vanguardia, y Martínez Campos marchó desde Lácar y Alloz para tomar las alturas de Montalván frente a Zaval, puntos ocupados por sus tropas tras un breve tiroteo. En Murillo, el marqués del Duero se encontró con la desagradable sorpresa de que las raciones no

⁵² *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3. *La Gaceta de Madrid*, 27 de junio de 1874 publicó el telegrama del general Concha al ministro de la Guerra sobre su situación ese día 25 desde Lorca.

⁵³ De la Vega Inclán, Miguel et al.: *Relación histórica...*, pp. 105-109.

⁵⁴ *La Gaceta de Madrid*, 7 de julio de 1874, p. 1.

⁵⁵ *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3.

habían llegado todavía, por lo que sus soldados no podían entrar en combate. Tuvo que esperar al convoy, devorándolo la impaciencia y luego la sorpresa cuando supo que aquel se había perdido por los caminos, por lo que había tenido que volver a Oteiza⁵⁶. Resolvió continuar el movimiento a las tres de la tarde, dirigiéndose con todas las fuerzas hacia Montalván. Cuando llegó allí, ordenó al general Martínez Campos que se apoderara del pueblo de Zurucuain y de sus posiciones cercanas, después de cañonearlo vivamente. Tras el fuego de la artillería, cuatro batallones liberales avanzaron a las siete y media de la tarde, luchando encarecidamente contra sus enemigos. Dos batallones de la brigada Infanzón ocuparon un pequeño bosque al pie de las alturas de Montalván, frente a Zurucuain, aunque la llegada de la noche obligó a detener el combate⁵⁷.

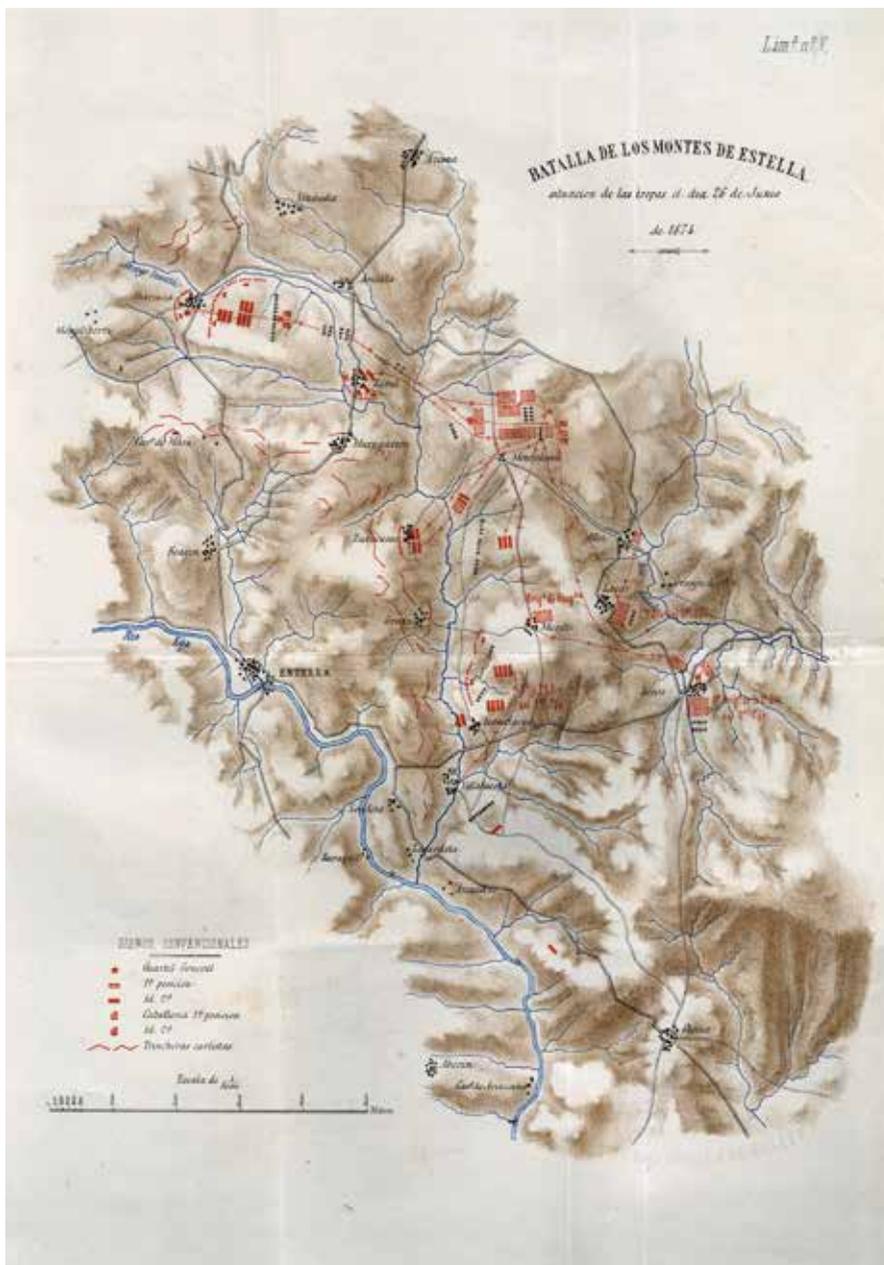
Al mismo tiempo el general Echagüe, con dos batallones de la vanguardia, sus propias tropas y cuatro baterías Krupp, se había encaminado hacia las cuatro de la tarde a su objetivo, Abárzuza, quedándose Concha con el resto de la artillería, dos batallones de infantería y el regimiento de lanceros de Numancia. La artillería de Echagüe cañoneó las trincheras carlistas, tras lo cual ordenó el avance de su infantería en medio de una intensa lluvia, la cual se apoderó de la carretera del pueblo⁵⁸. Las fuerzas legitimistas se retiraron a sus reductos del monte que dominaba Abárzuza, las cuales abandonaron al anochecer favorecidos por la oscuridad y la tormenta. Las tropas del primer cuerpo habían simulado un ataque desde Villatuerta y Arandigoyen con el objetivo de entretener a los soldados carlistas de su ala derecha, volviendo a pernoctar en aquellos pueblos. El marqués del Duero, que se había trasladado a las posiciones ocupadas por el general Martínez Campos a fin de presenciar la toma de Zurucuain, marchó desde allí a Abárzuza, donde llegó en el momento en que los batallones conquistaban el pueblo, defendido por ocho batallones carlistas⁵⁹. Entre las aclamaciones de las tropas, se estableció en el lugar y preparó las órdenes para el día siguiente. El optimismo impregnaba al Ejército liberal, convencido de su pronta victoria sobre el carlismo, pero muchos oficiales, entre ellos su

⁵⁶ *La Gaceta de Madrid*, 28 de junio de 1874, telegrama del general Concha al ministro de la Guerra, fechado el 27 de junio.

⁵⁷ *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1.

⁵⁸ *La Gaceta de Madrid*, 7 de julio de 1874, p. 1

⁵⁹ AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6009.25, telegrama del ministro de la Guerra al general Espartero en Logroño, capitanes generales y gobernadores militares, participando de las acciones en Estella del día 25 de junio, 27 de junio de 1874. Hasta ese momento se reconocían oficialmente 100 heridos en las filas liberales y, según la prensa, un 20 % de heridos, *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1. La toma de pueblos en *El Noticiero de Mallorca*, 30 de junio, p. 1, donde se publican telegramas oficiales de días anteriores.



Situación el 26 de junio de 1874.

Fuente: AGMM, planos del Archivo Facultativo de Artillería

propio comandante, lamentaban haber tenido que esperar las raciones de comida porque esa demora había retrasado las operaciones y, quizá, la toma de Monte Muru⁶⁰.

En Murillo se anunció que el convoy había empezado a llegar, por lo que esperaba enviarlo a las tres y media de la madrugada del día 27 hacia la vanguardia. Se calcularon 64.000 raciones de pan, suficientes para dos días, junto a un importante número de reses vivas, con todo lo cual se podría alimentar a las tropas y avanzar hacia las alturas de Estella. Concha ordenó a Echagüe que atacara Muru, Murugárren y Zabal mientras Martínez Campos lo hacía desde Zurucuain hasta las alturas de la misma cordillera, cañoneando las trincheras carlistas de Grócin. Una vez batidas por la artillería, las fuerzas destacadas en Murillo debían avanzar y tomar dicho punto, para distraer fuerzas carlistas. Pero al llegar el convoy a Montalván, después de numerosos reveses, se comprobó con decepción que sólo transportaba diez mil raciones de pan, es decir, una pequeña proporción de lo esperado, tras abastecer a las tropas de Martínez Campos. Se aseguró que pronto saldría el resto de Oteiza y otra nueva expedición, por lo que se tuvo que distribuir entre las tropas liberales de Abárzuza las raciones de tocino que los carlistas habían almacenado en el pueblo y que habían abandonado en su retirada⁶¹. A este problema se añadieron los incendios en algunas casas de pueblo que, quizá por descuidos naturales de los soldados, comenzaron en la madrugada del día 27 y que, malamente apagados por el cuerpo de ingenieros, volvieron a estallar a la una de la tarde. No se pudo distraer tropas para sofocarlos, pues habían salido para emprender el combate, por lo que el general Concha se dirigió a sus soldados para recriminar semejantes descuidos, advirtiéndoles que estaba dispuesto a castigar con todo el rigor de la ordenanza a los responsables, amenazándoles con la formación de un consejo verbal. Días más tarde, se justificó el fuego por el fuerte viento imperante que lo había avivado y la afluencia de soldados, que tuvieron que cocinar sus ranchos en los suelos de las casas y al aire libre⁶².

⁶⁰ AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.25, telegrama que el general Concha envía a Madrid, Ministerio de la Guerra, 27 de junio de 1874, explicando las maniobras realizadas hasta ese día y las posiciones conquistadas, también publicado en *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 28 junio, p. 4.

⁶¹ La logística fue clave en esta batalla, así como en la campaña de Las Muñecas, como se ha hecho alusión en el capítulo anterior. Su importancia está siendo resaltada en la Historia Militar como ha señalado Valdés, Pau: «Historia Militar y logística: dos evoluciones diferentes», *IV Congreso Internacional Historia a Debate, Santiago de Compostela, 15-19 diciembre de 2010*, actas en internet.

⁶² *La Gaceta de Madrid*, 7 de julio de 1874, p. 1; *El Gobierno: diario político de la mañana*, 30 de junio, p. 3.

Según algunos periodistas, los mandos carlistas no pensaron que el ataque comenzaría tan pronto, por lo que dieron orden a su artillería de disparar cuando creyesen llegado el momento, a partir del mediodía. Tras comenzar a intercambiarse disparos, los semblantes de los voluntarios manifestaron que eran conscientes de que se acercaba el momento decisivo. En esos instantes los soldados carlistas observaron cómo emergían unas columnas de humo de los pueblos de Abárzuza, Zabal y Villatuerta. Observaron con fijeza aquellas señales que implicaban incendios en los pueblos y comenzaron a gritar con desesperación y rabia⁶³. Se rumoreó que fuerzas carlistas provenientes de Guipúzcoa y Álava marchaban hacia las Amezcóas para llegar a Estella a través de Eraul. Efectivamente, dos batallones guipuzcoanos pasaron por Salvatierra y Rostegui, donde les esperaron el Pretendiente y su esposa, doña Margarita de Borbón, provenientes de Guernica. En Villarreal se concentraron algunas compañías carlistas del 5º batallón de Álavapero los periódicos liberales vaticinaron que no podrían hacer nada, pues no podrían bajar fácilmente, al tomar los liberales Echevarri, Eraul y Galdeano que cerraban el camino hacia Estella⁶⁴.

Con la intención de dirigir el ataque, el general Concha partió del pueblo de Abárzuza, ocupado por el brigadier Beaumont con seis batallones, para frenar a los carlistas si intentaban un movimiento envolvente. Éste dispuso sus fuerzas en torno a dos baterías de artillería, colocadas una dentro y otra fuera del pueblo, manteniendo dos batallones de reserva por si se necesitaban en la batalla. Concha llegó hasta una batería Krupp que había dispuesto para batir el pueblo de Murugarren y el caserío de Muru, protegida por dos batallones de infantería, una compañía de ingenieros y las fuerzas de los regimientos de caballería de Pavía, Numancia y Talavera, mientras optimismo reinaba en las filas liberales⁶⁵. La prensa afín incluso dignificó a los carlistas, que no se habían retirado, ya que al ser también españoles no podían «creer que huyeran sin combatir»⁶⁶.

La artillería liberal rompió fuego para facilitar el ataque de la infantería, y a las tres y media, el marqués del Duero ordenó al brigadier Blanco que con sus fuerzas iniciase el ataque de las posiciones atrincheradas de Monte Muru, mientras el general Reyes con seis batallones de su división asaltaba Murugarren y sustentaba el ala izquierda de Blanco.

⁶³ Roldán: *Un corresponsal en España...*, p. 184.

⁶⁴ *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1 y *La Correspondencia de España*, 28 de junio, p. 3.

⁶⁵ AGMM, Capitania General de Vascongadas, 6.009.25, «Telegrama de Concha a Ministerio de la Guerra», 27 de junio de 1874, reproducido en la prensa, *La Iberia*, *El Imparcial*, *La Correspondencia de España*, 28 de junio.

⁶⁶ *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1.

Para concentrar todas las fuerzas posibles, Concha dispuso en la vanguardia los batallones de Estella y Barbastro llegados de Murillo. Para alcanzar el punto de ataque previsto había que cruzar un arroyo, cuyo único puente se hallaba sobre la carretera y, una vez atravesado, había que subir los escarpes del monte. Los carlistas dispararon en cuanto vieron a las columnas liberales bajar hacia el riachuelo, que atravesaron con el agua en la cintura, iniciando la subida después en medio de la lluvia y de un intenso fuego incesante de frente y flanco. A la media hora, las guerrillas liberales lograron expulsar a la bayoneta a los carlistas de la primera línea de trincheras, aunque las peculiaridades del terreno comenzaron a desordenar los batallones, disgregándose las compañías, sin enlace ni cohesión alguna, sufriendo numerosas bajas durante dicha acción. Los legitimistas advirtieron esa circunstancia y concentraron sus soldados en las alturas, donde llegaron las guerrillas cansadas, algunas con tan sólo veintisiete hombres calados y llenos de barro. En consecuencia, las tropas liberales tuvieron que sostener un fuerte combate, cuerpo a cuerpo y de forma desigual, retrocediendo ante el empuje carlista cuando pensaron celebrar pronto una victoria,

Paralelamente, el general Reyes había atacado la derecha de las posiciones de Monte Muru en combinación con el movimiento de vanguardia, entrando en el pueblo inmediato a Murugárren. Pero su avance se encontró con una fuerte resistencia de los legitimistas, fuego nutrido y ataques a la bayoneta que forzaron a una retirada a Zabal, siendo herido el brigadier Molina, jefe de la vanguardia liberal. Mientras tanto, como había previsto el marqués del Duero, fue atacado Abárzuza por soldados carlistas para flanquear el ala derecha del ejército enemigo si lograban tomar la localidad. El brigadier Beaumont ordenó la concentración de todos los soldados bajo su mando, incluso los de reserva, para frenar el ataque enemigo y sostener sus posiciones. El marqués del Duero al ser consciente del repliegue de sus tropas, ordenó que fuerzas de reserva avanzaran y mantuvieran la izquierda de la línea de ataque, unidas a uno de los dos batallones que protegían la artillería, con lo cual consiguió sostener la lucha, recuperándose la pendiente de Monte Muru. Sin embargo, una nueva acometida carlista hizo que estas tropas retrocedieran por el camino que conducía a Estella, acosados por carlistas, al mando del teniente coronel Eguileta. No se pudo retirar soldados del pueblo de Abárzuza, por lo que el coronel Castro y sus oficiales detuvieron a los soldados dispersos de Muru, concentrándoles en el camino de tal manera que pudieran enfrentarse de nuevo contra los carlistas que les perseguían, los cuales retrocedieron hasta sus trincheras⁶⁷.

⁶⁷ De la Vega Inclán, Miguel *et al.*: *Relación histórica...*, pp. 110-134.

Martínez Campos no pudo tomar las alturas de Zurucuain, al resultar obligada la toma de Murugarren, la cual no se había producido, por lo que el primer cuerpo no pudo distraerse del combate que había provocado. Concha ordenó al general Reyes que cesara en sus intentos de avanzar y que, dejando un batallón en Zabal, reubicara sus fuerzas para conquistar por la izquierda Monte Muru, mientras la brigada de vanguardia y fuerzas de Abárzuza lo intentaban por la derecha. Para animar a sus tropas, el marqués del Duero se dirigió hacia las posiciones carlistas con el único batallón que custodiaba la artillería, la cual quedó protegida por la caballería. Junto a su Cuartel General, sin escolta, se encaminó a la carretera de Estella, bajando entre Abárzuza y el pequeño puente que cruzaba los riachuelos. Los grupos de guerrillas que encontró y que continuaban el fuego se fueron constituyendo como fuerza de reserva, junto a las reunidas por el coronel Castro con algunas otras compañías. Con ellas y reformando las tropas de vanguardia, Concha decidió apoderarse de Monte Muru, no sin repetir la orden para que Reyes le apoyase en la misma. Mientras, enfermo por la fiebre y la disentería, Echagüe yacía postrado en una manta junto a los cañones por orden superior. Al llegar al puente, el general en jefe se separó de la carretera hacia la derecha, comenzando a ganar la pendiente de Monte Muru, pero a la mitad de ella resultaba imposible la marcha a caballo, por lo que la comitiva puso pie en tierra, dejando los caballos en una ligera inflexión del terreno, algo resguardada del fuego de flanco que los carlistas hacían desde Murugarren.

Concha, apoyado en el brazo de uno de sus oficiales continuó subiendo hasta que mandó detenerse a los que le acompañaban, excepto a sus tres ayudantes y al capitán de artillería Villar, pues temía que cayeran por el fuego carlista, si algún soldado enemigo les localizaba. En lo alto, el general con sus anteojos inspeccionó la posición y las trincheras enemigas defendidas con intenso fuego, tan sólo a cincuenta pasos. Las guerrillas liberales respondían con otro más escaso, por lo que se preguntaron dónde estaban los refuerzos del general Reyes, ya que los soldados de coronel Castro no bastaban para alcanzar el éxito de la operación. A las siete y media de la tarde, resultaba tarde para enviar nuevas órdenes con el fin de ayudar a la vanguardia, pues pronto vendría la noche haciendo imposible cualquier avance en terreno tan montañoso. Por ello, resultaba evidente diferir el ataque para el día siguiente, cuando se recibieran alimentos y municiones y se pudiera trasladar tropas para reforzar la derecha del Ejército, aplastando y tomando las trincheras carlistas⁶⁸. Mientras tanto, el coronel Castro –que dirigía la reserva– había ganado terreno por una inflexión de

⁶⁸ BRAH, fondo Pirala, 6.880 b), junio de 1874, carta de Piñera sobre la batalla de Monte Muru.

la montaña hasta ponerse ya muy cerca de las trincheras, pero los carlistas realizaron varias descargas que diezmaron las guerrillas de vanguardia y una gran masa de infantería navarra, al mando de Mendiry, se lanzó a la bayoneta sobre sus fuerzas. La reserva liberal se retiró en desorden, pese a que los carlistas habían decidido volver a sus líneas, una vez conseguido su objetivo de retroceder a sus enemigos.

Concha, resignado a demorar el ataque hasta el día siguiente, comenzó a bajar hacia el grupo que formaba su Cuartel General, al que ordenó montar a caballo, mientras él se disponía a hacerlo bajando un poco más hacia el puentecillo. Disparos enemigos comenzaron a llegar cerca, cayendo heridos el coronel Astorga y el corneta de cazadores de La Habana, a los que se mandó a retaguardia. El marqués del Duero se quedó sólo con su asistente Ricardo Tordesillas, el cual le acercó el caballo a través de una pendiente para que el general lo montase mejor y, al cruzar la pierna derecha para dejarla descansar sobre el estribo, una bala de fusil procedente de las trincheras carlistas atravesó el pecho del general, derribándole sobre la espalda derecha del caballo, cayendo en tierra pese a los esfuerzos de su asistente para aminorar el golpe. Los gritos de Tordesillas, solicitando ayuda e intentando animar al herido, atrajeron al capitán Grau, ayudante de campo del mismo, que descendía con las guerrillas más avanzadas. Entre los dos bajaron el cuerpo caído tres bancales para librarle de ser objeto de mayor tiroteo. Grau, cogiéndole por los brazos, y el asistente levantándole por las rodillas lograron su objetivo mientras se acercaba a caballo el teniente de húsares Federico Montero, ayudante de campo del brigadier Manrique. Con ayuda de un corneta, un sargento y otro soldado, se elevó al general Concha a los brazos del húsar para conducirlo a Abárzuza. Cogido de las extremidades por Tordesillas y Grau, descendieron al puente que aún mantenían los escuadrones de Talavera y Numancia, donde se encontraba un oficial de sanidad que no pudo hacer nada, aconsejando que se trasladara en camilla al pueblo. Los militares que le acompañaban no quisieron descenderle del caballo y, de la misma manera que le habían bajado, llegaron a Abárzuza dónde, en la casa nobiliaria de los Munárriz, sólo se pudo dar al general los últimos auxilios espirituales, que le prestaron dos sacerdotes⁶⁹.

Recayó el mando en el enfermo general Echagüe, pero, aunque las tropas se vieron por momentos sin un claro líder, la llegada del anochecer, el cansancio general en los dos bandos y el cese del fuego ayudaron a que las tropas liberales se retiraran del monte sin ser hostilizadas, quedando en posición los batallones que defendían las alturas de las avenidas de Eraul

⁶⁹ *La Época*, 29 de junio de 1874, p. 2.

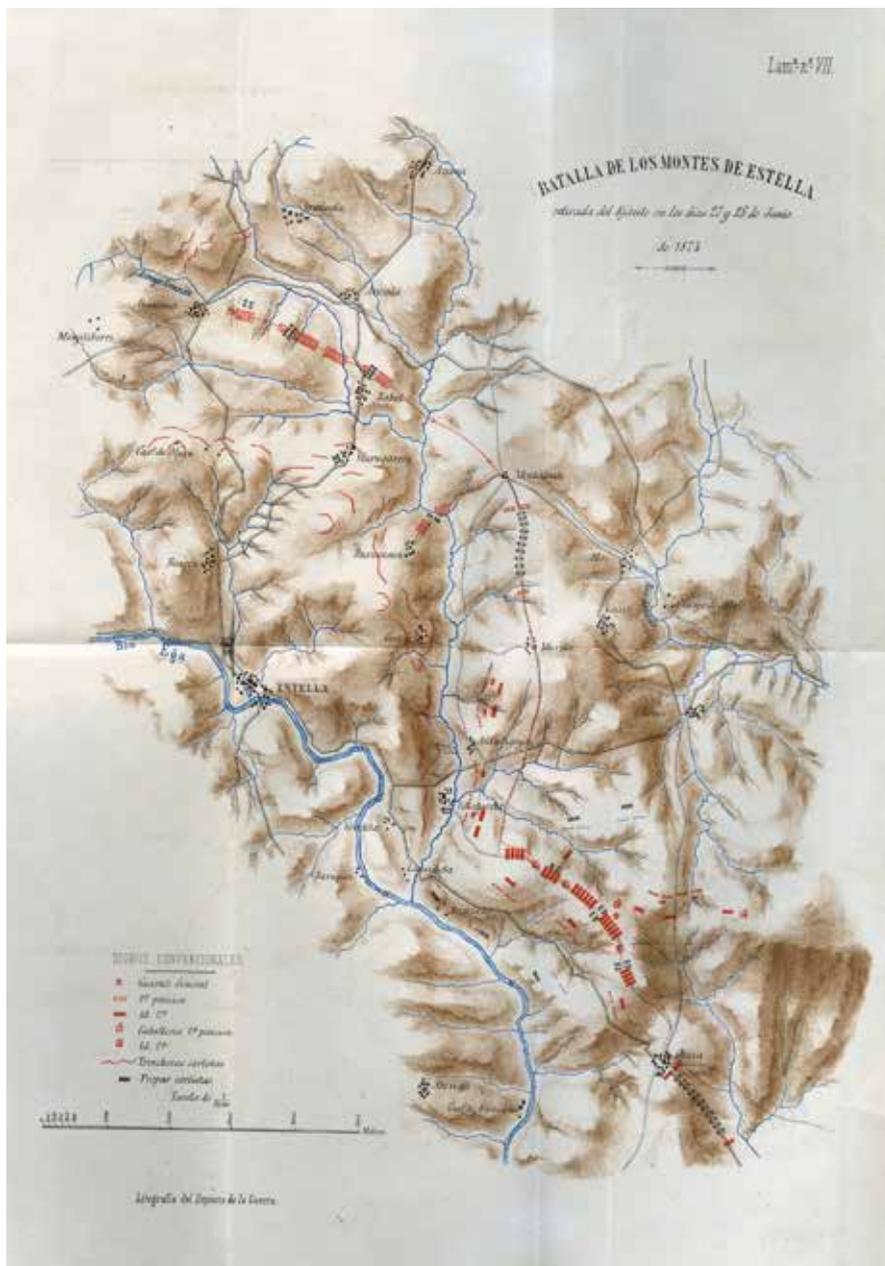
e Ibiricu, donde pernoctaron. Echagüe, pese a todo, se presentó en cuanto pudo en Abárzuza, asumiendo el mando y reuniendo a los generales y brigadieres para acordar una decisión. El resultado de la junta fue publicado por el teniente coronel de Estado Mayor Gregorio Jiménez en el periódico *La Época*, en agosto de 1874, pues resultó necesario explicar a la opinión pública la retirada que acordaron, aguando las expectativas de victoria y fin de la guerra. Concha había dejado instrucciones reservadas por si caía después de la derrota carlista, ordenando que una división ocupara Arbeiza, Ayegui, Igúzquiza y Azqueta, así como Muniáin y Abérin. En Oteiza tres batallones debían situarse para proteger el convoy, el cual debía replegarse a Larraga, mientras la brigada de vanguardia, mediante medias brigadas, marchaba a Oteiza y Lerin, hasta llegar a Allo donde debía cortar la retirada de los carlistas. Otras fuerzas desde Estella flanquearían Montejurra por la carretera de Allo, tomando Dicastillo y, una vez ocupada La Solana, se apoderarían de los recursos de la zona. Ordenó también que el fuerte de Monjardín no fuera destruido para conservar el dominio sobre la antigua corte carlista, pero sus indicaciones no pudieron realizarse posteriormente⁷⁰.

Echagüe asumió la responsabilidad de la retirada, aunque no hubo un solo jefe de los presentes en la citada reunión que, informado de la situación, opinara de manera diferente. Sin municiones de boca ni de guerra suficientes, con menos fuerza de infantería que el enemigo, con soldados carlistas a vanguardia y retaguardia y quebrantada la moral por la muerte del marqués del Duero, sólo restaba o bien retirarse o bien mantener la posición en espera de refuerzos que Madrid, en aquellos momentos, le resultaba imposible enviar. La retirada fue juzgada necesaria por todos y así fue ordenada⁷¹. Eso sí, resultaba necesario evitar que el enemigo se aprovechara de la situación, por lo que se ordenó a los generales Martínez Campos y Vega Inclán que situasen sus fuerzas en Murillo y en Villatuerta para proteger la retirada de los efectivos de Abárzuza y del convoy que, a última hora, había llegado durante el anochecer. El brigadier Prat, comandante general de artillería, se encargó del desplazamiento de las baterías bajo la protección de un batallón y un escuadrón al mando de Otal. Martínez Campos hizo que se apagaran los fuegos de Zurucuain para desorientar al enemigo, emprendiendo sus fuerzas la retirada hasta Montalván, donde llegó al amanecer. La retirada fue, más adelante, explicada al público a través de la prensa oficial⁷².

⁷⁰ De la Vega Inclán, Miguel *et al.*: *Relación histórica...*, pp. 138-140.

⁷¹ *La Gaceta de Madrid*, 29 de junio de 1874, publicó el despacho telegráfico del general Echagüe al Ministerio de la Guerra, comunicando la muerte del general Concha y el repliegue de fuerzas.

⁷² *La Gaceta de Madrid*, 7 de julio de 1874, p. 1



Retirada de las fuerzas liberales tras la muerte del marqués del Duero.

Fuente: AGMM, planos del Archivo Facultativo de Artillería

La lluvia, que había caído en abundancia el día anterior, hizo intransitables algunos puntos de los caminos, de tal manera que se pensó en abandonar material o quemarlo antes de que lo capturaran los carlistas. Pero el alto mando se opuso y ordenó que no se perdiera ni un carro ni una acémila, de tal manera que Echagüe pudo comunicar al ministro de la Guerra que no se había perdido ni material de artillería, ni uno sólo de los 200 carrozcos que se habían desplazado desde Murillo ni un mulo de los 2.000 que siguieron a sus soldados, ni tampoco hubo que lamentar la pérdida de las 250 reses que portaban para su abastecimiento. Se admitió oficialmente un número total de bajas en torno a 1.550 hombres, entre muertos, desaparecidos y heridos, además de cinco carlistas prisioneros⁷³. Reunidas las fuerzas, se descansó en Oteiza durante tres horas, de dónde había partido el convoy para Larraga y Tafalla, invirtiendo ese tiempo los mandos en distribuir 30.000 raciones de galleta. Una vez alimentadas las columnas, continuaron su marcha hasta Berbinzana, donde se acantonó el primer cuerpo. Tras oír misa en una gran explanada inmediata al pueblo, el Ejército se dirigió hasta Tafalla, donde ya había llegado la artillería al mando de los brigadieres Otal y Prat. Se remitieron telegramas a los capitanes generales de Burgos y Provincias Vascongadas, además del comandante militar de Tudela, informándoles de la muerte del general Concha, proporcionándoles instrucciones para vigilar que los carlistas intentaran realizar algún golpe ante el entusiasmo por su victoria. Por ello había que aumentar la vigilancia y encargar a los jefes de las columnas la mayor precaución en las marchas y operaciones para contrarrestar sorpresas y resultados inesperados⁷⁴. Además, Echagüe comunicó la triste noticia al ministro de la Guerra y al Gobierno el día 28 de junio desde Tafalla, cifrando la hora de su muerte a las 8 de la tarde⁷⁵. La retirada de las fuerzas liberales se realizó sin desorden ni bajas, llevándose todo el material de guerra en perfecto estado para impedir su captura por parte del enemigo⁷⁶.

⁷³ Parte detallado de la batalla, enviado por el general Echagüe al ministro de la Guerra, Madrid, 5 de julio de 1874, publicado en el apéndice de documentos e De la Vega *et al.*: *Relación histórica...*, pp. XXXIV-XXXVI. Sin embargo, la prensa extranjera llegó a publicar la cifra de 3.000 soldados liberales muertos, además de 320 prisioneros hechos por los carlistas, los cuales apenas tuvieron 400 bajas. Roldán, Enrique, *Un corresponsal en España...*, p. 184. Apoyó la versión oficial *La Correspondencia de España*, 29 de junio de 1874, p. 1. En cambio, *El Gobierno: diario político de la mañana* señaló que el brigadier Otal había calculado un total de 4.500 bajas entre muertos y heridos, 29 de junio de 1874, p. 1.

⁷⁴ AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.26, «Telegramas enviados desde Tafalla», 30 de junio de 1874.

⁷⁵ AGMM, EP, carp. 16, docs. 59 y 61, «Despachos telegráficos desde Tafalla».

⁷⁶ AGMM, EP, carp. 16, docs. 97 y 99.

CONSECUENCIAS INMEDIATAS Y RECUERDO DE LA BATALLA

Una hermana de la Caridad, presente en los últimos auxilios espirituales del general Concha, anunció su fallecimiento a la maestra Casimira Ripa, la cual anduvo tres horas, durante la noche, en medio del barro y el frío, hasta las trincheras legitimistas. Cuando la condujeron al puesto de mando, tiritando y llorando, comunicó al general Argonz la noticia, pero éste no la creyó, juzgando que la nerviosa explicación de la muchacha era debida a los días de incesante lucha. Por la tarde del día siguiente, los carlistas supieron con certeza la muerte de Concha, pero ni Dorregaray ni Mendiry supieron aprovechar aquellos momentos de desaliento en las filas liberales, quizá por falta de una caballería adecuada. Aunque, en su opinión, tampoco el fallecido general supo apreciar lo que siempre constituyó la debilidad de los carlistas, pues si una vez situadas sus fuerzas sobre Villatuerta, Murillo, Zabal y Abárzuza hubiera realizado pequeños ataques de guerrillas, sin comprometer el grueso de sus fuerzas, adelantando aquellas con sus reservas parciales hasta obligar a los carlistas a romper fuego, éstos hubieran resistido dos días, «pero al tercero nos habríamos visto obligados a abandonar las posiciones y la plaza por falta de municiones, pues con las que teníamos de reserva apenas hubiéramos podido reponer de 30 a 40 cartuchos por plaza»⁷⁷.

Su prensa publicó el entusiasta telegrama que se envió al Pretendiente: «G. E. M. General a S. M. el Rey en Vergara. Destrozado ejército republicano. El general Concha muerto, las bajas del enemigo grandísimas. La victoria es la más completa que hemos tenido en la campaña»⁷⁸. De esta manera, aumentó significativamente la moral entre los «cruzados de la causa», realizando Carlos VII y su esposa una entrada triunfal en Estella el primer día de julio. El Pretendiente premió a Dorregaray con la gran cruz de San Fernando y a Mendiry con el condado de Abárzuza, además de repartir otros premios a varios oficiales.

Muy polémico fue el hecho del posterior fusilamiento de 155 prisioneros liberales por los carlistas, a los que se formó consejo de guerra, acusándoles de incendiarios. Durante el mismo, el comandante Sobrino sostuvo que no se les podía condenar ante la inexistencia de pruebas ni de testigos; no podían fusilarles porque habían ordenado juzgarles según las ordenanzas y las mismas no los condenaban. El juicio se efectuó presentándose los acusados en grupos de cincuenta hombres, a los que se les preguntó si su general les había ordenado

⁷⁷ Pirala: *Historia contemporánea...*, p. 368. Admitieron los carlistas que «llegó un momento en que nuestros generales pensaron con harta cordura en prepararse para una retirada que el avance y la tenacidad del enemigo iban a hacer indispensable» pues «no había confianza en vencer a Concha», *El Cuartel Real*, 19 de noviembre de 1874, p. 1.

⁷⁸ Nogués y Milagro, Romualdo: *Memorias y reflexiones de un general erudito*, Pamplona, Analecta ediciones, 2013, p. 456.

incendiar y saquear, contestando que les había mandado respetar vidas y haciendas. Finalmente, una vez interrogados de otras cuestiones, el fiscal solicitó la pena de muerte para todos excepto 20, al pertenecer algunos a ambulancias y otros por haber sido apresados antes de que los liberales llegaran a Villatuerta. El coronel Segura solicitó una demora en la ejecución de la sentencia para lograr algún tipo de indulto de Carlos VII en Monte Muru, el cual accedió a que se les diezmará, como le solicitó uno de sus consejeros. Los fusilados fueron un capitán, un teniente y diez soldados en Abárzuza; un soldado en Zurucuain y otro, acompañado de Alberto Schmidt, un ciudadano alemán, en Villatuerta. Uno menos de los 13 que correspondían a los 135 condenados. La campaña de prensa que se desató en España y el extranjero en contra del hecho fue tal que Dorregaray no tuvo más remedio que publicar un largo escrito en el boletín oficial *El Cuartel Real* para justificarlo. Aludió a precedentes de carlistas fusilados en julio de 1869, en Montealegre, Iglesuela y Valcovero, el plan de Escoda, el de Carretero en Córdoba, la muerte de inofensivos carlistas cuando se estaban bañando en el río Tajo en 1872 y otros hechos menos importantes. Recordó el comportamiento de los incendiarios, la clemencia con la mayor parte de los prisioneros y amenazó con mayor dureza a partir de entonces contra «ese ejército de fieras»⁷⁹. A pesar de todo, Berlín utilizó el hecho del fusilamiento de uno de sus ciudadanos para reconocer el gobierno del general Serrano, pero no el régimen republicano español, convenciendo a Viena para hacer lo mismo en detrimento de la legitimidad del Estado carlista.

En la España liberal, el general Zavala, marqués de Sierra Bullones, presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra, fue nombrado jefe del Ejército del Norte por el duque de la Torre, desplazándose hacia el frente inmediatamente, haciéndose cargo de sus carteras el ministro de la Gobernación, Mateo Práxedes Sagasta, y el general Cotoner, director general de infantería⁸⁰. Numerosos militares llegaron a la conclusión de que el ejército del Norte necesitaba 100.000 soldados para realizar una campaña eficaz y un plan que tuviera en cuenta las características geográficas de esas provincias. Y es que, para ambos bandos en combate, se extendió la certeza de que la guerra no finalizaría pronto, como así ocurrió.

Para los monárquicos partidarios de la restauración de Alfonso XII, la noticia de la muerte del general Concha produjo una completa consternación en sus filas. Sus jefes habían mantenido la esperanza de que el marqués del Duero tomara Estella, hiciera un gran número de prisioneros carlistas, forzara

⁷⁹ Pirala: *Historia contemporánea...*, p. 374-376.

⁸⁰ *La Correspondencia de España*, 29 de junio de 1874, p. 1; AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.25, telegrama de 29 de junio al general Echagüe, y EP, carp. 16, doc. 95, telegrama al marqués de la Habana, 30 de junio de 1874.

a sus derrotados líderes a un convenio o pacto que finalizara la guerra en el Norte, creando el clima simbólico necesario para anunciar solemnemente al hijo de Isabel II como rey de España⁸¹. En el fondo, tenían en mente la proclamación del emperador Guillermo I de Alemania tras su victoria sobre los franceses en 1870 o de Víctor Manuel II como rey de Italia tras derrotar a los austríacos en la guerra de 1859.

La prensa liberal, en un primer momento, presentó la muerte de Concha como una «verdadera desgracia», evitando calificarla como derrota, mientras el ministro de Gobernación la tildaba de «contratiempo». Su repliegue de tropas no fue definido como «retirada» sino como «movimiento sobre su base», subrayando constantemente que no se había perdido en el mismo ni un hombre ni el más mínimo material, presentándolo como un ejemplo de maniobra militar⁸². Se apeló a la necesaria unidad de partidos liberales frente al carlismo insurgente, cuyos políticos debían facilitar los medios materiales necesarios a los soldados que se encontraban deseosos de vengar la muerte de su general. Intentaron minimizar la derrota, recordando contratiempos – como anteriormente había ocurrido en Santander– que posteriormente habían abierto victorias como Las Muñecas y el levantamiento del sitio de Bilbao⁸³.

En la España carlista, la batalla de Abárzuza o Monte Muru se incorporó al panteón oficial de sus victorias y su prensa la recordó cada vez que resultó necesario para levantar el ánimo de sus soldados. Así, junto a Somorrostro, Biurrum y otras acciones, se consideró un hecho glorioso de sus armas que pregonaron «vuestro valor coronado por la victoria. ¿Queréis otra prueba más clara de que Dios está de nuestra parte, de que Dios nos protege siempre que procuramos merecer su protección y de que el triunfo de nuestra causa está escrito en el cielo?». El incendio de los pueblos de Abárzuza, Villatuerta y Zabal fue lanzado contra sus enemigos como una ignominia eterna y causa de que «el rayo de Dios» cayera sobre sus autores y la victoria coronara «la frente de nuestros heroicos soldados»⁸⁴. El general Concha quedó así comparado en la propaganda carlista con el emperador Nerón, como se desprende de la siguiente descripción de la batalla:

«Comienza la sangre de los incendiarios a correr como un torrente por las laderas del monte que defendían los soldados del Rey. Levántase de pronto una tempestad horrible. Los truenos retumbaban, como retumbaría la voz de Dios al fulminar una sentencia de muerte.

⁸¹ *La Crónica de Badajoz*, 23 de junio de 1874, p. 2; *La Crónica Meridional*, 23 de junio, p. 1; Nogués y Milagro: *Memorias y reflexiones...*, p. 456.

⁸² Por ejemplo, *La Correspondencia de España*, 29 de junio de 1874, p. 1; *El Noticiero de Mallorca*, 30 de junio, p. 1.

⁸³ *El Gobierno: diario político de la mañana*, 29 de junio de 1874, p. 2.

⁸⁴ *El Cuartel Real*, 7 y 15 de noviembre de 1874, p. 1.

Los rayos cruzaban uno tras otros la negra atmósfera a modo de mensajeros implacables de la cólera divina. El agua se desplomaba sobre la tierra con estrépito, como si participase también de aquella cólera celeste que parecía comunicada a todos los elementos.

Hubo largos instantes en que los mismos combatientes cesaron el fuego, aterrados de aquel espectáculo. Concha, que no conocía el terror; avanzó resueltamente contra nuestras trincheras y en medio de la lluvia, de los truenos y de los rayos, Concha, el general altivo, el bárbaro incendiario, ¡caía para no levantarse jamás!»⁸⁵.

A comienzos de noviembre de 1874, los carlistas intentaron tomar Irún durante siete días, teniendo que retirarse finalmente. Peso su prensa recordó que «después de la retirada de Bilbao, la gloria de Abárzuza; después de la retirada de Irún... ¡Dios dirá!», con lo que la batalla fue utilizada, en esta ocasión, para levantar el valor de sus voluntarios tras una derrota, certificando su creencia de ser modernos cruzados bajo la protección divina. Días más tarde, remataron esa idea al enlazar el repliegue de Irún con el naufragio de un buque liberal que transportaba un millar de soldados, atribuyéndolo al «dedo de Dios»⁸⁶.

Tras el final de la guerra, los carlistas elaboraron un relato de la misma para perpetuarla en el recuerdo de sus seguidores, donde la batalla de Monte Muru mantuvo su identidad victoriosa, así como su vinculación con los incendiarios liberales⁸⁷. Paralelamente, las plumas de los vencedores alabaron la acción militar y el liderazgo del general Concha, cuya muerte había impedido una total derrota carlista y el fin del conflicto, y, también, continuaron señalando la magnífica actuación de sus oficiales al replegarse sin perder ni armas, ni animales ni soldados. La figura del general Concha fue recordada e inmortalizada en una estatua en Madrid, en varias pinturas en el Senado, en placas y calles por las ciudades de España, mientras los carlistas –hasta bien entrado el siglo XX– realizaban romerías para celebrar en Abárzuza la victoria de sus antepasados y humillar el pequeño monumento que allí tenía el marqués del Duero.

En 1992, el carlista Jaime del Burgo en su biografía *Carlos VII y su tiempo* sentenció que «Somorrostro y Abárzuza habían demostrado que

⁸⁵ *El Cuartel Real*, 19 de noviembre de 1874, p. 1.

⁸⁶ *Ibidem*.

⁸⁷ Ver *Almanaque Tradicionalista*, 1936, p. 25; *Biblioteca Popular Carlita*, tomo VIII, Hormiga de Oro, Barcelona, 1896, p. 79; Cruz Rodríguez, Carlos: «Batalla de Abárzuza (25,26 y 27 de junio de 1874)», *Biblioteca Popular Carlita*, tomo X, Hormiga de Oro, Barcelona, 1896, pp. 47-50; Domínguez Arévalo, Tomás: *Carlos VII*, Espasa-Calpe, Madrid, 1944, p. 179; Hernando, Francisco: *Recuerdos de la Guerra Civil. La campaña carlista (1872-1876)*, Talmer e Isidor Joseph, París, 1877.

los carlistas podían luchar con ventaja contra los republicanos en campo abierto» y, con sumo optimismo, afirmó que «su artillería y su caballería habían aumentado considerablemente»⁸⁸. Tres años más tarde, el tradicionalista Gabriel Alférez todavía describía la batalla como «otro de los grandes momentos culminantes de la guerra», manteniendo la idea de que la bala que mató a Concha partió de sus propias filas, que los liberales desmoralizados se replegaron en «fuga y desbandada», aunque admitió también que los legitimistas no supieron obtener provecho de esa victoria⁸⁹.

Por su parte, José Ramón Urquijo insistió recientemente en la precaria situación de las líneas de abastecimiento como causa principal de la retirada, recordó los prisioneros fusilados por los carlistas y sus consecuencias en el campo diplomático. Si bien en el bando carlista se planteó la posibilidad de aprovechar el momento para atravesar el Ebro y dirigirse hacia Madrid «ni su organización política ni su Ejército, carente de caballería y artillería adecuadas, les permitió asumir semejante empresa»⁹⁰.

En definitiva, la historiografía tradicionalista y sus contrarias han mantenido, prácticamente hasta nuestros días, las interpretaciones que se cimentaron en su época sobre tan importante batalla⁹¹, la cual, de haberla ganado los liberales hubiera precipitado, tal vez, el final de la guerra, pero, al obtener la victoria los carlistas, la mantuvo unos años más, al contrario del régimen republicano que se desharía en diciembre de 1874 entre el caos abierto por sus más fervientes adalides.

⁸⁸ Del Burgo, Jaime: *Carlos VII y su tiempo*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1992, p. 261.

⁸⁹ Alférez, Gabriel: *Historia del carlismo*, Actas, Madrid, 1995, p. 170.

⁹⁰ Artola, Miguel (coord.): *Historia Militar de España. Edad Contemporánea. I. siglo XIX*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2015.

⁹¹ Analizar, recordar y conservar el campo de batalla constituye un recurso didáctico que mejora la comprensión general y la capacidad de recuerdo sobre la historia de España, mucho más allá de los meros aspectos bélicos o particulares del combate. Constituyen un paisaje patrimonial susceptible de estudio científico, conservación, museización y explotación didáctica, como defiende Almazán Fernández, Ismael, *Didáctica del Patrimonio. Campos de batalla de la Tercera Guerra Carlista*, tesis doctoral defendida en la Universidad de Barcelona, 2006.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCALÁ, César: *La Tercera Guerra Carlista, 1872–1876*. Grupo Medusa Ediciones. Madrid, 2000.
- ALFÉREZ, Gabriel: *Historia del carlismo*. Actas. Madrid, 1995.
- ARTOLA, Miguel (coord.): *Historia Militar de España. Edad Contemporánea. I. siglo XIX*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2015
- Biblioteca Popular Carlista*, varios tomos, Hormiga de Oro. Barcelona, 1896.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso (dir.): *Las guerras carlistas*. Actas. Madrid, 1993.
- : *Las guerras carlistas*. Ministerio de Defensa. Madrid, 2006.
- : «Las Guerras carlistas», en *Aproximación a la Historia Militar de España*, pp. 453–476. Ministerio de Defensa. Madrid, 2006.
- CASPISTEGUI, Javier; LARRAZ, Pablo y ANSORENA, Pablo: *Aventuras de un “gentleman” en la tercera carlistada: imágenes de la sanidad en guerra, 1872–1876*. Gobierno de Navarra, Institución Príncipe de Viana. Pamplona, 2007.
- COMESAÑA, Alfredo: *Hijos del Trueno. La Tercera Guerra Carlista en Galicia y Norte de Portugal*. Actas. Madrid, 2016.
- CRUZ RODRÍGUEZ, Carlos: «Batalla de Abárzuza (25,26 y 27 de junio de 1874)», en *Biblioteca Popular Carlista*, tomo X. Hormiga de Oro. Barcelona, 1896.
- DE LA VEGA INCLÁN, Miguel; CASTRO LÓPEZ, José; ASTORGA, Manuel de y GÓMEZ DE ARTECHE, José: *Relación histórica de la última campaña del marqués del Duero. Homenaje de honor militar que tributan a la memoria de tan esclarecido caudillo*. Depósito de la Guerra. Madrid, 1874.
- DOMÍNGUEZ ARÉVALO, Tomás: *Carlos VII*. Espasa–Calpe. Madrid, 1944.
- GARMENDIA, Vicente: *La Segunda Guerra Carlista (1872–1876)*. Siglo XXI. Madrid, 1976.
- HERNANDO, Francisco: *Recuerdos de la Guerra Civil. La campaña carlista (1872–1876)*. Talmer e Isidor Joseph. París, 1877.
- MEYLAN, Auguste: *A través de las Españas. Un apasionante viaje por la España de 1873 y 1874*. Trifaldi, s.l.e., 2018.
- MORAL RONCAL, Antonio Manuel: *Las guerras carlistas*. Sílex. Madrid, 2006.
- : «La prensa y las culturas políticas carlista y liberal durante el Sexenio Revolucionario», en *Torre de los Lujanes*, 68 (2011) pp. 115–141.
- NOGUÉS Y MILAGRO, ROMUALDO: *Memorias y reflexiones de un general erudito*. Analecta ediciones. Pamplona, 2013.

- OCÁRIZ BASARTE, José María y ROLDÁN VERGARACHEA, Iván: «Fortificaciones en el frente de Estella durante la Tercera Guerra Carlista. 1ª parte. Contexto histórico militar», en MONTAÑÁ BUCHACA, Daniel y RAFART CANALS, Josep (coords.): *Propaganda carlista, religió, literatura i operacions militars: III Simposi d'Història del Carlisme*, Avià, 9 de maig de 2015, Centro de Estudios de Avià, 2015, pp. 171–180.
- PALOMINO RAMOS, Rafael: *La Tercera Guerra Carlista en Cantabria*. Librucos. Santander, 2017.
- PIRALA, Antonio: *Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la guerra civil*. Ediciones Herper, 1999, tomo XI (tomo V en el original). Pamplona.
- PLADEVALL FONT, Antoni: *La Tercera Guerra Carlina vista per un liberal. Extractes de la Crònica de Joan Camps i Prat, 1824–1905*. Patronat d'Estudis Osonencs. Vic, 2000.
- PRADO SAN GIL, Juan: «Los Ejércitos carlistas en 1872–1876», en *Aportes*, 58 (2005), pp. 49–70.
- PRUNÉS PUJOL, Fermí: *Cataluña en guerra (1872–1876)*. Actas. Madrid, 2003.
- RODRÍGUEZ GÓMEZ, José María: *La Tercera Guerra Carlista, 1868–1876*. Almena. Madrid, 2004.
- ROJO ARIZA, María del Carmen: «Didáctica del Patrimonio. Campos de Batalla de la Tercera Guerra Carlista, tesis doctoral de Ismael Almazán», en *Hermus*, vol. 2 (2009), pp. 111–112.
- ROLDÁN, Enrique: *Estado Mayor General Carlista en las tres guerras del siglo XIX*. Actas. Madrid, 1998.
- : *Un corresponsal en España: 50 crónicas de la Tercera Guerra Carlista*. Actas. Madrid, 2009.
- : «La batalla de Abárzuza», en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 58 (2005), pp. 102–114.
- RUIZ DANA, Pedro: *Estudio sobre la guerra civil en el Norte de 1872 a 1876*. J. J. de las Heras. Madrid, 1876.
- RUIZ DE AZÚA, Estíbaliz: *El sitio de Bilbao en 1874. Estudio del comportamiento social de una ciudad en guerra*. La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1976.
- VALDÉS, Pau: «Historia Militar y logística: dos evoluciones diferentes», en *IV Congreso Internacional Historia a Debate, Santiago de Compostela, 15–19 diciembre de 2010*, actas en internet.
- VALIENTE, Luis (Ed.): «El carlismo en armas: aspectos bélicos y militares de las Guerras Carlistas», en monográfico de *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 58 (2005), pp. 1–155.
- VALLVERDÚ MARTÍ, Robert: *El tercer carlisme a les comarques meridionals de Catalunya, 1872–1876*. Abadía de Montserrat. Barcelona, 1997.